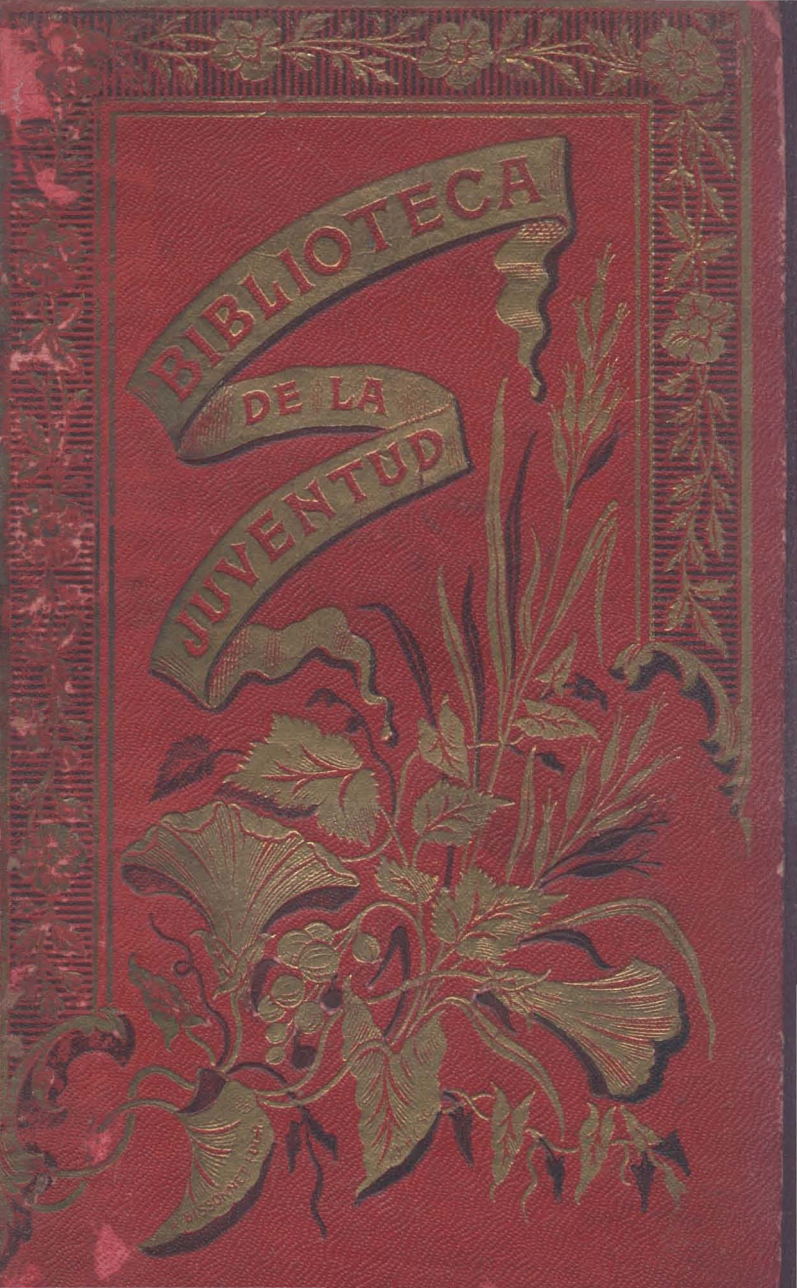


BIBLIOTECA
DE LA
JUVENTUD





00027948





VIDA DE JESUCRISTO

20.223

BIBLIOTECA DE LA JUVENTUD

1140
VIDA

año 193

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

SACADA

DEL AÑO CRISTIANO



LIBRERIA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET

PARÍS

23, Rue Visconti, 23

MÉXICO

Sociedad de Edición y de Librería

Franco Americana

29, Avenida Cinco de Mayo, 45

1927

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CSA. 02

PA 0700

VIDA

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

CAPITULO PRIMERO.

Caida del primer hombre. — Promesas de la redencion del género humano. — Cumplimiento de las profecías. — Encarnacion del Hijo de Dios.

Violada por Adan y Eva, en el paraíso, el precepto impuesto á ambos por el Criador, perdieron la inocencia en que habian sido criados, y quedaron sujetos á toda clase de miserias y á la esclavitud del demonio, haciendo partícipe de su desgracia á todo el género humano. Pero Dios, que á la par que infinitamente justo, es infinitamente misericordioso, se apiadó de su desventura, y apenas nuestros primeros padres oyeron la sen-

tencia que los condenaba á ellos y á sus descendientes, escucharon de sus labios la promesa de un Redentor. Desde entonces todo anuncia y recuerda tan halagueña esperanza, y los escritos de Moisés, los libros de los Profetas, la historia del pueblo de Israel nos muestran reproducida sin cesar la regeneracion de los hombres por medio del cumplimiento de aquella, y bajo diversas figuras nos anuncian la venida del Mesias. Puede decirse que el Antiguo Testamento no es mas que una alegoría continua de los misterios contenidos en el Nuevo, y singularmente en el de la Encarnacion del Hijo de Dios bajo los nombres de Cristo, Ungido del Señor, Caudillo, Libertador, Rey, Enviado, Salvador y Mesias. Hasta los oráculos de los Gentiles predijeron tambien tan augusto misterio, señaladamente los de las Sibilas que citan los Santos Padres. Finalmente, cuatro mil años despues del pecado de Adan, cuando era llegado ya el tiempo prescrito por Dios y revelado por los Profetas, cuando todo anunciaba la inmediata venida del Redentor, tuvo lugar la Encarnacion del Verbo en las entrañas de una Virgen pura, elegida por Dios desde la eternidad para llevarle en su seno. María

fué tambien designada por las profecías como madre del Salvador; é Isaias habla de ella bajo la figura de una rama que saldria de la raiz de Jessé, que produciría una flor misteriosa, y en la que descansaria el espíritu del Señor. Así como Eva habia causado la ruina de la humanidad, así María debia ser la que contribuyese á su regeneracion. Por eso fué elegida sin mancha, y preservada de la primitiva culpa por una gracia especial de la Providencia; privilegio que hasta hace poco nos le hacian concebir la razon y la piedad, y que hoy la fé nos ordena creer y respetar.

Oigamos al Evangelista San Lucas referir el misterio sublime de la Encarnacion : « El ángel Gabriel » fué enviado de Dios á una ciudad de Galilea llamada Nazareth, á una Virgen desposada con un » varon que se llamaba José, de la casa de David, » y el nombre de la Virgen era María. Y habiendo » entrado el angel á donde estaba, dijo : Dios te » salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú, entre las mujeres : y cuando ella esto » oyó, se turbó con las palabras de él, y pensaba » qué salutacion fuese esta. Y el ángel le dijo : no » temas, María, porque has hallado gracia delante

» de Dios, Hé aqui, concebirás en tu seno y parirás
» un hijo, y llamarás su nombre Jesus. Este será
» grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le
» dará el Señor Dios el trono de David su padre, y
» reinará en la casa de Jacob por siempre y no ten-
» drá fin su reino. Y dijo María al ángel : ¿cómo
» será esto, porque no conozco varon? Y, respon-
» diendo el Angel, le dijo : El Espíritu Santo vendrá
» sobre tí, y te hará sombra la virtud del Altísimo,
» y por eso lo Santo que nacerá de tí será llamado
» Hijo de Dios. Y hé aqui que Isabel, tu parienta,
» tambien ella ha concebido un hijo en su vejez,
» y este es el sexto mes á ella, que es llamada la es-
» téril : porque no hay cosa alguna imposible para
» Dios. Y dijo Maria : hé aquí la esclava del Señor,
» hágase en mí segun tu palabra. Y se retiró el án-
» gel de ella. (*S. Luc. I, traduc. del P. Scio.*) »

CAPITULO II.

Nacimiento del Salvador. — Adoracion de los Magos. — Presentacion del Niño en el templo. — Huida á Egipto. — Jesus en el templo de Jerusalem disputando con los doctores.

Apenas María respondió al Angel, *hé aqui la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra*, cuando el Verbo, la segunda persona de la Santísima Trinidad, tomó cuerpo y alma en sus entrañas y quedó cumplido el gran misterio de la Encarnacion. La Virgen no revela á nadie, ni aun á su mismo esposo, el secreto de su maternidad milagrosa, y, dejando á Dios el cuidado de descorrer el velo de este secreto de su Providencia, « marcha » con gran prisa hácia el país de las montañas, á

» una ciudad de Judá y, entrando en casa de Zaca-
» rías, saluda á Isabel. Luego que esta oyó la salu-
» tacion de María, el niño que llevaba en sus entra-
» ñas saltó de alegría, é Isabel, llena del Espíritu
» Santo, exclamó : bendita tú eres entre todas las
» mujeres y bendito es el fruto de tu vientre : ¿de
» dónde á mí tanto bien que la madre de mi Señor
» venga á mí ? María respondió : mi alma engran-
» dece al Señor y mi espíritu se regocijó en Dios mi
» Salvador. (*S. Luc. I.*) »

María permaneció con su prima Santa Isabel algunas semanas, al cabo de las cuales y de haber edificado su casa con su santa conversacion, se despidió de todos para volver á Nazareth, poco antes del nacimiento del Bautista, segun opinion de algunos Santos Padres, siendo otros de contrario parecer.

San José, á quien, como hemos dicho, no reveló María el gran misterio obrado en ella por el Espíritu Santo, echó de ver el embarazo de su esposa. Su asombro fué tanto mayor, cuanto que conocia sus admirables virtudes y el voto que habia hecho de virginidad perpétua, y por lo tanto no tenia motivo alguno para sospechar de su fidelidad. Inclí-

nábase mas bien, segun San Bernardo, á creer que María era la que habia sido destinada á dar á luz al Mesías. Sin embargo, el casto esposo no sabia qué resolucion tomar : creyéndola culpada, pensaba que la infamaba si se la devolvía á sus padres; juzgándola destinada á ser madre del Redentor del mundo, no se creía bastante santo para vivir á su lado, así es que resolvió dejarla secretamente. « Y » estando pensando en esto, se le apareció en sueños el angel del Señor, y le dijo : José, hijo de » David, no temas de recibir á María, tu mujer, porque lo que en ella ha nacido de Espíritu Santo es. » Y parirá un hijo y llamarás su nombre Jesus, » porque él salvará á su pueblo de los pecados de » ellos. Y despertando José del sueño, hizo como el » Señor le habia mandado. (*S. Mat. I.*) »

Hallábase la Virgen en el noveno mes de su embarazo cuando se publicó un edicto del emperador Augusto para que se hiciese un empadronamiento general de todos sus súbditos. Estaba la Judea sujeta al imperio romano, si bien aun no era considerada como provincia tributaria. Para evitar que hubiese confusion en llevar á cabo aquel mandato se ordenó que todos los cabezas de familia concu-

riesen á las poblaciones de donde eran originarios para hacerse inscribir en los registros públicos y pagar la capitacion general que se habia impuesto. De este modo dispuso Dios las cosas para que naciese su Unigénito Hijo en Belen, segun estaba profetizado, y constase que era descendiente de David.

Los divinos esposos emprendieron el viage, y despues de mil trabajos, llegaron á aquella ciudad en la que, ya por la afluencia de forasteros que habia atraido á ella el cumplimiento del edicto, ya por sus escasos recursos, no encontraron posada en que albergarse, viéndose precisados á buscar abrigo en una especie de gruta que servia de establo á una de las posadas situadas estramuros de la poblacion. Alli, en aquel humilde albergue, nació el Rey de los Reyes, el deseado de los Pátriarcas y el anunciado por los Profetas, el que habia, en fin, de redimir al mundo y fundar la ley de gracia ¹.

1. Segun el cálculo mas exacto, nació Jesucristo á las doce de la noche del 24 de Diciembre, el año 3984 de la creacion de mundo.

Dios, que se complace en ocultarse á los sabios y en comunicarse á los humildes, quiso que los primeros que vinieran á rendirle homenaje fuesen unos pobres y sencillos pastores á quienes los ángeles revelaron que habia nacido el Redentor.

Al propio tiempo apareció en el cielo una estrella milagrosa, que anunció tan buena nueva á los Reyes Magos, los cuales, al notar aquel fenómeno, se pusieron en camino desde el Oriente, guiados por ella, con ánimo de adorar al Mesías. Inteligentes como eran en astronomía, no podian menos de conocer que la aparicion de aquella y la circunstancia de la direccion que llevaba eran harto prodigiosas para no denotar un suceso de la mayor importancia, suceso que por inspiracion divina les fué sin duda revelado. Luego que llegaron á Jerusalem desapareció la estrella y, encaminándose entonces al palacio de Hérodes, le preguntaron : « dónde está el rey de los Judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos á adorarle. (*S. Luc. I.*) » Hérodes se sobresaltó al oir la noticia, consultó á los doctores de la ley y, habiendo estos respondido que el Mesías debia nacer en Belen, aconsejó á los Magos que adquirie-

sen informes acerca del recién nacido y fuesen luego á comunicárselo todo, para ir él á adorarle tambien. Encamináronse, pues, hácia Belen y se les volvió á aparecer la estrella, que se detuvo sobre el sitio en que estaba Jesus, á quien reverentes adoraron, ofreciendo los dones que llevaban en sus arcas, y eran oro, mirra é incienso. Como las intenciones de Hérodes no eran sinceras, recibieron aviso en sueños de que no se presentáran otra vez á él, y se volvieron á su país por distinto camino.

A los ocho dias de haber nacido Jesus, y antes de la llegada de los Reyes del Oriente, cuya adoracion celebra la Iglesia designándolos con los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar, tuvo lugar la Circuncision, á cuya ley, aunque de ella estaba dispensado, quiso sujetarse para tomar sobre sí hasta las insignias de pecador, á pesar de ser la suma inocencia; pusósele con este motivo el nombre de Jesus que quiere decir *Salvador*.

Habiendo visto Hérodes que los Magos no habian vuelto á su presencia conforme les habia prevenido, creyó que, no habiendo hallado al pretendido rey que habian venido á adorar, habian tenido vergüenza de presentarse en la córte, y entonces

se alegró mas de no haberlos acompañado. Hubiera continuado en esta opinion, si las maravillas que se obraron pocos dias despues, no le hubieran desengañado.

A los cuarenta dias de haber nacido el Redentor del mundo, cumpliendo con una ley que tampoco comprendia á la Santisima Virgen, si bien quiso sujetarse á ella como su Hijo se habia sujetado á la de la Circuncision, fué María al templo á purificarse y á ofrecer al propio tiempo el fruto de sus entrañas. Entonces el anciano Simeon, que esperaba el consuelo de Israel, y á quien el Espiritu Santo habia revelado que no moriria hasta que hubiese visto al Ungido del Señor, guiado por el mismo Espiritu profético, se presentó en aquel cuando José y María conducian al niño. Recibióle en sus brazos, le bendijo y exclamó : « Despedid ahora, Señor, á vuestro » siervo en paz, segun vuestra palabra, porque ya » mis ojos han visto á mi Salvador. » Sus padres se admiraban de oir las cosas maravillosas que decia ; y él, bendiciéndolos, dijo á María : « Este es » puesto para caida y levantamiento de muchos en » Israel y para señal á la que se hará contradic- » cion ; y una espada traspasará tu alma, para que

» sean descubiertos los pensamientos de muchos
» corazones (S. *Luc. II.*) » Llegó al mismo tiempo
al templo una santa viuda llamada Ana, dotada del
don de profecía, que, así que vió al niño, pro-
rumpió en alabanzas y no cesó de hablar del pro-
digio que habia visto, á todos los que como ella
aguardaban la redencion de Israel. Cumplido,
pues, cuanto la ley mandaba, José y María vol-
vieron á Nazareth, que pronto se vieron obligados á
abandonar.

Llegó á oídos de Hérodes lo que habia sucedido
en el templo, y entonces se convenció de que los
Reyes estrangeros le habian burlado. Lleno, pues,
de cólera, y temiendo perder algun dia el cetro de
Judea, mandó degollar á todos los niños de sus Es-
tados, de dos años abajo, pareciéndole que así se
desharia del que era objeto de sus temores. El an-
gel del Señor advirtió en sueños á José que huyese
prontamente á Egipto con Jesus, y aquella misma
noche partió para aquel punto con él y la Virgen,
permaneciendo allí hasta que ocurrió la muerte del
tirano.

Desde la vuelta de la Sacra Familia hasta que
Jesus cumplió los doce años, nada nos habla de

su infancia el Evangelio, y nosotros nos limitaremos á decir, que debió ser tan santa y admirable como es de suponer en el que era Hijo de Dios y Dios él mismo.

Aun cuando la ciudad de Jerusalem está á bastante distancia de Nazareth, como la Virgen María y San José eran muy exactos y religiosos en observar la ley, acudían todos los años á aquella capital para celebrar la Pascua. Luego que Jesus llegó á los doce años, quiso acompañar á sus padres. Pasados los días de aquella solemnidad y habiendo dejado aquellos la capital para volverse á Nazareth, no advirtieron que Jesus no iba en su compañía. Creyendo que iría con los de la comitiva, anduvieron todo un día; mas, no habiéndole hallado entre sus parientes y conocidos, se volvieron á Jerusalem, en donde le buscaron en vano, hasta que al tercer día le hallaron entre los Doctores en el templo, sentado en medio de ellos, oyéndolos, haciéndoles preguntas, y llenando á todos de asombro con su saber y prudencia. Quejáronse sus padres de que les hubiese causado la pena que les habia dado su ausencia; pero él les contestó que *ante todo tenia que estar en lo que pertenecía á su padre* (S. Lucas II.);

palabras que no entendieron ellos. Vueltos á Nazareth en su compañía, vivieron allí hasta la época en que comenzó el Señor su predicación, sin que hasta ella se sepa otra cosa de su vida mas que lo que nos dice San Lucas : *Y estaba sujeto á ellos... y Jesus crecia en sabiduría, y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres.*

CAPITULO III

Predicacion de San Juan, precursor de Jesucristo. — Bautismo de Jesucristo. — Sus tentaciones en el desierto.

Al aproximarse el tiempo en que el Dios hecho hombre debia empezar á dar á conocer su celestial doctrina, se vió comparecer á su precursor, destinado á prepararle los caminos y á anunciar su venida. San Juan Bautista, que habia vivido hasta entonces retirado en el desierto, comenzó á predicar á orillas del Jordan un bautismo de penitencia que no daba la remision de los pecados, sino que disponia á recibirla, por cuanto no era mas que la figura del que Jesucristo habia de instituir mas ade-

lante. Estendida la fama de su penitencia y de las numerosas conversiones que hacia, llegaron muchos á figurarse si seria el Mesías prometido; pero él, trataba de disuadirlos diciéndoles: « En pos de mí » viene el que es mas fuerte que yo, ante el cual no soy digno de postrarme para desatar la correa de sus zapatos. (*S. Marc. I. 7.*) »

En aquel tiempo vino Jesus á orillas del Jordan y fué bautizado por San Juan, el cual se escusaba diciendo que, en vez de bautizarle, debia ser bautizado por él; mas Jesucristo le convenció de que debia aparecer públicamente ante los pecadores, pues habia tomado la semejanza de pecador. Bautizado Jesus, se abrieron los cielos y vió al Espíritu de Dios que descendia sobre él en figura de paloma, y se oyó una voz de los cielos que decia: *este es mi Hijo amado, en quien me he complacido.*

Asi como Moisés ayunó por espacio de cuarenta dias antes de que tuviera lugar la promulgacion de la ley, asi Jesus quiso prepararse á la predicacion del Evangelio con un ayuno igual, pasando dicho tiempo sin comer ni beber. Terminado aquel plazo, tuvo hambre y permitió que el diablo le tentara por tres veces, ya diciéndole que convirtiera

en pan las piedras, ya llevándole sobre la cúspide del tiempo y aconsejándole que se arrojara desde allí, pues si era hijo de Dios, le habian de librar los ángeles; ya enseñándole desde un monte todos los reinos del mundo y ofreciéndoselos, si consentia en adorarle. Jesus le contestó, que no vivia el hombre con solo pan, sino con la palabra de Dios; que no se debia tentar al Señor, y que solo este habia de ser servido y adorado. Confuso el demonio huyó de su presencia y, bajando los ángeles, le sirvieron la comida. (*S. Mateo IV.*)

CAPITULO IV

Predicacion de Jesucristo. — Su primer milagro. — Los prodigios que obra demuestran que es el Mesias. — San Juan dá testimonio de Jesucristo. — Conversion de la Samaritana. — Predica el Salvador en Nazareth. — Varios milagros que hace — Curación del paralítico.— Eleccion del Apostolado.

Despues de haber salido del desierto, fué Jesus cerca del lugar donde Juan bautizaba, el cual luego que le vió exclamó : *ved ahí al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.* Estas palabras las repitió de nuevo al siguiente dia, en presencia de dos de sus discípulos, los cuales comprendieron desde luego que Jesus era el Mesías; siguiéronle y, habiéndole preguntado donde se albergaba, le

acompañaron hasta su morada. Su conversacion los confirmó pronto en su opinion, y por sus palabras conocieron que habian hallado al Salvador. El uno de los dos llamado Andrés, fué á referir á su hermano Simon tan dichoso hallazgo y ambos fueron á juntarse de nuevo con el Señor, quien, mirando á Simon, sobre el cual tenia ya formados sus designios, le dijo : hasta ahora te has llamado Simon, hijo de Jonás, pero desde hoy te llamarás Cefas, es decir, Pedro. Vese, pues, que á este fué á quien dirigió primero la palabra y á quien destinó desde entonces á ser el gefe de los Apóstoles y cabeza de su Iglesia. Al dia siguiente se agregaron á él Felipe y Bartolomé. El nombre del otro discípulo no es conocido.

Hasta entonces no habia hecho el Señor ningun prodigio que revelase á los hombres su omnipotencia : los cinco discípulos que se le habian juntado, habian sido atraídos solamente por la gracia y el poder de su palabra; pero, habiendo llegado á Nazareth, fué convidado con sus discípulos á unas bodas en Caná de Galilea. « Mas la Virgen, Madre » del redentor, se acercó á Jesus y le dijo : no tienen vino : mujer, contestó Jesus, que nos vá á

« mí y á tí? Aun no es llegada mi hora. (S. Juan II.) » En esta respuesta parece desconocer Jesucristo á su madre, para que así entendiesen todos que, además de lo que se descubria en su exterior, habia en él otra cosa que no parecia y á la que debia estenderse la fé de sus discípulos. Al espresar que aun no era llegada su hora, queria espresar que habia tiempo bastante para dar á conocer con maravillas su mision. Sin embargo, condescendió con los deseos de su madre, por no hacerla pasar por la confusion de una negativa. La Santísima Virgen, llena de fé, no se desconcertó por la respuesta, y dijo á los que servian : *haced cuanto él os digere*, « Habia en la casa seis hidrias ó tinajas de piedra, » en cada una de las cuales cabian dos ó tres cántaros, y díjoles Jesus : llenad las hidrias de agua » y las llenaron hasta arriba. (S. Juan. II.) » Y habiendo servido el agua, hallaron que era vino; verificándose así el primer milagro del Señor por la intercesion de su madre, para probarnos que, conforme Dios quiso que por ella recibiésemos al Redentor, quiere tambien que por su mediacion nos vengan todas las gracias. La conversion del agua en vino fue tambien una figura de la transubstan-

ciacion del pan y del vino en su cuerpo y sangre por medio de la adorable Eucaristia.

Marchó Jesus á Cafarnaum, despues de las bodas, en cuya ciudad, situada junto al mar de Tiberiades, desempeñó su principal mision, y con este motivo vino á ser el teatro de su predicacion y de sus prodigios. Sin embargo, como se acercaba la fiesta de la pascua, marchó á Jerusalem y fué en derechura al templo, en cuyo átrio halló una especie de feria en que se vendian animales para los sacrificios, y establecidos en él cambiantes de monedas; y haciendo con cuerdas una especie de azote, arrojó á todos del templo, diciendo : *No hagais de la casa de mi padre una casa de tráfico.* (*San Juan. II.*) La sumision con que recibieron todos esta reprimenda, fué tambien una especie de milagro, y aquel hombre vino á ser desde entonces la admiracion de toda la Judea. El tiempo que Jesucristo estuvo en Jerusalem, fué una continuada serie de milagros. Curaba enfermos, daba vista á ciegos, oido á los sordos, habla á los mudos y mandaba á los elementos y á las criaturas todas como Hombre Dios. Los profetas y demás varones Santos, obraban en nombre de un poder Supremo ; pero Jesucristo lo hacia todo

en nombre propio. Todos sus actos, pues, y todos sus prodigios; revelaban bien á las claras que era el Mesías anunciado por las naciones.

Habiendo salido Jesus de Jerusalem en compañía de sus discípulos, volvió con ellos á las riberas del Jordan. San Juan, que oyó decir que Jesus bautizaba tambien al otro lado del rio, dió á entender terminantemente que Jesucristo era el Mesías y Redentor del mundo, del cual no era él mas que un simple precursor.

Salió Jesus de Judea despues de esto, y volviendo á Galilea por Samaria, se sintió fatigado y se sentó en el brocal de un pozo que se llamaba la fuente de Jacob. En su descanso tenia menos parte la fatiga que el celo por la salvacion de las almas. Jesus aguardaba allí á una mujer pecadora que habia de ir á sacar agua. En efecto, mientras que los discípulos iban á la ciudad á comprar que comer, fué á llenar su cántaro una jóven de la secta de los Samaritanos, enemigos declarados de los Judíos. Habiéndola Jesus pedido de beber, le espresó su extrañeza de que un judío hablase á una Samaritana; pero él lleno de mansedumbre le dijo: « Si conocieras el don con que Dios te favorece, y quién

» es el que te pide de beber, tú de cierto le pidieras
» á él y te daría agua viva. No tienes con que sa-
» carla y el pozo es hondo, contestó la Samaritana;
» ¿de dónde, pues, tienes el agua viva? Por ven-
» tura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el
» cual nos dió este pozo y él bebía de él y sus
» hijos y sus ganados? Todo aquel, le respondió
» Jesús, que bebe de esta agua, volverá á tener
» sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré,
» nunca jamás tendrá sed. El agua que le daré se
» hará en él una fuente de agua que saltará hasta
» la vida eterna. Dadme, Señor, ese agua, añadió
» ella, para que no tenga sed, ni venga aquí á sa-
» carla. Ve, llama á tu marido y ven acá. No tengo
» marido. Bien has dicho, no tengo marido; por-
» que cinco maridos has tenido, y el que ahora
» tienes no es tu marido: esto has dicho con ver-
» dad. Señor, veo que tú eres profeta. Nuestros
» padres en este monte adoraron, y vosotros decis
» que en Jerusalem está el lugar en donde es me-
» nester adorar. Mujer, creerme, que viene la hora
» en que ni en este monte ni en Jerusalem, ado-
» rareis al padre. Vosotros adorais lo que no sabeis,
» nosotros adoramos lo que sabemos, porque la

» salud viene de los Judíos. Mas viene la hora, y
» ahora es cuando los verdaderos adoradores ado-
» ran al Padre en Espíritu y en verdad, porque el
» Padre tambien busca tales que le adoren. Dios es
» Espíritu y es menester que aquellos que le adoran,
» le adoren en Espíritu y en verdad. Yo sé que viene
» el Mesías que se llama Cristo, y cuando viniere él
» nos declarará todas las cosas. Yo soy, dijo el Se-
« ñor, que hablo contigo. (*S. Juan, IV.*) » Y al mis-
mo tiempo llegaron sus discípulos y se maravillaron
de que hablase con una mujer: pero ninguno le
dijo por qué lo hacia. La Samaritana, pues, dejó su
cántaro y se fué á la ciudad y dijo á sus morado-
res: *venid y ved á un hombre que me ha dicho to-
das cuantas cosas he hecho; si quiza este es el Cris-
to?* (*Ibid.*) Entre tanto los discípulos instaban al
Señor para que comiese; pero les dijo que su ali-
mento era hacer la voluntad del que le habia
enviado y perfeccionar su obra. Vino á este
tiempo mucha gente de Sícara para ver al nuevo
Profeta; se sintieron llenos de veneracion hácia él
y le rogaron con muchas instancias que se dignase
permanecer algun tiempo en su país. Dos dias es-
tuvo en él el Salvador y con sus palabras encendió

tan bien la fé en sus corazones, que muchos creyeron en él, diciendo á la Samaritana : « ya no creemos por tu dicho, porque nosotros mismos lo hemos visto y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo. »

Pasados dichos dos dias que se detuvo en Sicar ó Siquen, se fué Jesus á Nazareth con sus discípulos. En esta ciudad, sin embargo, halló mas resistencia su doctrina y muchos se decian : *¿no es este el Hijo de José el artesano? ¿Es esta la idea que se nos tiene dada del Mesías?* Estos y otros propósitos empezaron á indisponer sus corazones contra el Señor, el que les dió á entender que su orgullo los hacia indignos de recibir las gracias que concedia abundantemente á los otros pueblos. Los avisos saludables y prudentes reconvenciones que les hizo, acabaron de exasperar á los de Nazareth que le echaron tumultuosamente de la Sinagoga, y persiguiéndole en tropel hasta fuera de la ciudad, que estaba edificada en el declive de un monte, quisieron precipitarle; pero Jesus pasó por medio de ellos sin que nadie se atreviese ó tocarle. Retiróse desde allí á Cafarnaum y, pasando por Caná, vió encaminarse hacia él un oficial del rey, que venia á suplicarle

se dignase curar á un hijo suyo que estaba enfermo de peligro. El Salvador le aseguró que estaba bueno; creyólo el oficial, y cuando volvió á su casa halló que la fiebre habia dejado á su hijo en el mismo momento en que Jesus habia dicho que estaba ya curado. Pero la Galilea y la Judea no eran el único objeto de su mision, aunque sí el teatro de sus milagros. El Hijo de Dios habia venido para salvar á todos los hombres, y ya era tiempo de que eligiese operarios y formase discipulos que pudiesen llevar la luz del Evangelio á toda la tierra. Paseándose un dia á este fin á orillas del Tiberiades, vió á los hermanos Simon y Andrés que echaban sus redes en el mar, pues ambos eran pescadores, y les dijo : *venid en pos de mi y haré que vosotros seais pescadores de hombres; y ellos al instante dejaron las redes, y le siguieron.*) S. Mat. IV.) Pocos pasos mas allá vió á otros dos hermanos, Jacobo y Juan, que con su padre el Zebedeo remendaban sus redes. Dijoles tambien que le siguieran y asi lo hicieron dejando á su padre.

El sábado siguiente, estando en Cafarnaum, se fué á la Sinagoga y en ella habló y predicó con ad-

miracion universal. Cuando todos le estaban oyendo como á un oráculo, un hombre poseido del demonio vino á la puerta y se puso á gritar: « ¿qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesus Nazareno? » « ¿Has venido á destruirnos? Sé quien eres; el Santo de Dios. Y le amenazó Jesus diciendo: enmudece y sal del hombre. Y maltratándolo recientemente el espíritu inmundo y dando grandes alaridos, salió de él. (*S. Marco. I.*) »

A cada instante se veia un nuevo miliagro. Al salir de la Sinagoga curó á la suegra de Simon Pedro. Por la tarde, luego que hubo pasado la solemnidad del sábado, se vió á la puerta de su morada un número prodigioso de enfermos y endemoniados, los que, despues de imponerles Jesus las manos, se volvian sanos y libres á sus casas. El dia siguiente al amanecer, habiéndose retirado solo á un lugar desierto, le avisaron sus discípulos de que una infinidad de gentes le buscaban para verle y oírle, y á todos los instruyó y consoló. Corrió de nuevo la Galilea predicando; curando enfermos, resucitando muertos, librando energúmenos y haciendo bien por todas partes. A su vuelta, habiendo llegado junto al lago de Genesaret, se vió de tal

modo oprimido por el gentío que iba tras él, que le fué preciso entrar en la barca de Pedro, desde la cual se puso á predicar al pueblo. Habiéndolo al fin despedido, dijo á aquel que tendiese las redes para pescar. *¡ Maestro ! le respondió Pedro ; toda la noche hemos trabajado sin haber cogido nada ; mas en tu palabra soltaré la red.* Hizolo así y fué tanta la multitud de peces que cogieron, que se rompía la red.

Pocos dias despues curó á un leproso, y en Cafarnaum á un paralítico, á quien primero perdonó sus pecados. Escandalizados los Escribas y Fariseos y acusándole de blasfemo, porque solo Dios, decian, podia perdonarlos, para probarles Jesucristo que podia hacerlo, mandó al paralítico que se levantara, tomase su camilla y se fuera á su casa : así lo hizo, dando gracias al Señor y publicando sus alabanzas.

Por aquel entonces tuvo lugar la eleccion del publicano Mateo, que era uno de los encargados de cobrar los impuestos cargados sobre los judíos por los Romanos, oficio infame en toda la Judea. Dijole Jesus que le siguiera, y él así lo verificó, dejándolo todo. Esta eleccion dió motivo á las murmuraciones de Escribas y Fariseos, á quienes por la envidia que

enian á Jesus por sus milagros, conducta y doctrina, le echaron en cara que se acompañaba con gente pecadora, á lo que Jesus les dijo, que los enfermos y no los sanos eran los que necesitaban médico. *No he venido, añadió, á llamar á los justos sino á los pecadores. (S. Marc. II.)*

Pasó Jesus á Jerusalem á la celebracion de la Pascua y curó en sábado á un paralítico que no habia podido lograr, hacia treinta y ocho años, bajar á la piscina. Era esta un depósito de agua cerca del átrio del templo, donde se hallaba siempre una multitud de enfermos que aguardaban que el ángel del Señor moviese el agua, porque el que en aquel momento bajaba á la piscina, quedaba en el instante curado de cualquier enfermedad que tuviese. Viendo, pues, Jesus al paralítico, tuvo compasion de él y le dijo : « quieres ser sano ? Señor, le respondió, no tengo hombre que me meta en la piscina cuando el agua fuere revuelta ; porque, entre tanto que yo voy, otro entra antes que yo. » Levántate, añadió Jesus, toma tu lecho y anda. » Los Fariseos y Escribas, que supieron por boca del paralítico su prodigiosa curacion, se indignaron de que en semejante dia hubiese hecho un milagro,

infringiendo la ley. En otro sábado curó á otro que tenia una mano seca y paralizada, en presencia de aquellos hipócritas que no habian podido contestar á la pregunta que les hizo de si era ó no permitido hacer bien en dia festivo. Hizoles ver que era permitido, con ejemplos que les citó; y á él, sobre todo, que era el Señor del sábado. Ellos, sin embargo, ciegos de envidia y de orgullo, no conocieron que era el Mesías, á pesar de sus estupendos milagros y juraron desde aquel momento su pérdida.

Conociendo el Hijo de Dios su mala voluntad, se marchó hácia el mar de Tiberiades, acompañado de infinitos enfermos, á los que sanó inmediatamente. Despues se retiró solo con sus discípulos á lo alto de la montaña y escogió doce de entre ellos, dándoles el nombre de *Apóstoles*, que quiere decir enviados. Estos fueron: *Simon*, por sobrenombre *Pedro*; *Andrés* su hermano, *Santiago* ó *Jacobo* y *Juan*, hijos del Zebedeo, *Felipe* y *Bartolome*, el que se cree ser Natanael, *Tomas* y *Mateo*; *Santiago* ó *Jacobo* hijo de Alfeo, y *Judas* su hermano llamado *Tadeo*, *Simon* el Cananeo y *Judas Iscariotes*, que vendió á su maestro; todos ellos pobres, sin ins-

truccion, tímidos é individuos de la última clase del pueblo.

Terminada la eleccion bajó Jesus del monte y curó á los muchos enfermos que le aguardaban en la llanura. Despues empezó á hablar á sus discipulos de los tesoros de la ciencia de la salvacion, y á enseñarles en qué consistia la felicidad, especificando una por una las bienaventuranzas.

CAPITULO V

Resúmen de la moral de Jesucrito. — Nuevos milagros que hizo, Conversion de la Magdalena. — Parábolas. — Mision de los setenta y dos discípulos. — Alimenta el Señor á 5000 personas con cinco panes y dos peces. — Libra á sus discípulos en una tempestad.

Mientras que el Salvador instruía así á sus Apóstoles, anunciándoles el desprecio y las persecuciones de los hombres, anatematizando á los ricos y felices de la tierra y prometiendo siempre su ayuda á los suyos, una multitud inmensa escuchaba sus palabras de amor y de sabiduría. Declaró que no habia venido á destruir la ley sino á perfeccionarla. Condenó no solo el homicidio, sino hasta las pala-

bras injuriosas; no solo el adulterio, sino hasta el menor deseo impuro. Anatematizó el juramento y, en vez de sancionar la venganza, aconsejó el perdón y la paciencia, y el devolver bien por mal. No se contentó con que amáramos á nuestros amigos, sino que prescribió el amor á nuestros enemigos mismos. Condenó los juicios temerarios, la vanidad, la envidia, la mentira y hasta las palabras ociosas, y maldijo á los hipócritas.

Hizo un grande elogio de la oracion, y la aconsejó á todos, sin escepcion, como el único medio de resistir á las tentaciones y de conservarse fiel á la virtud. Entonces fué cuando á petición de los Apóstoles que le rogaban que les mostrase cómo habian de orar, les enseñó la oracion dominical ó Padre nuestro, que, á pesar de su estremada sencillez y brevedad, comprende el reconocimiento de la existencia de un Dios único, el culto que debemos tributarle, la inmortalidad del alma, el respeto y sumision á la sabiduría de la Divinidad; las necesidades del hombre en la tierra, la inseguridad de la existencia, el perdón de nuestras culpas, las debilidades de la naturaleza humana, y el auxilio, en fin, que esta necesita. Aconsejó la humildad en la

oracion, la mortificacion y el ayuno, el desprecio de las riquezas y la confianza en la providencia. Aconsejó tambien la indulgencia con el prójimo, manifestando que seremos medidos con la misma medida que usáremos para los demás. Nos dijo que pidiéramos para alcanzar, y que, si muchas veces no conseguimos el objeto de nuestras peticiones, era porque lo hacíamos de lo que habian de sernos nocivo. Nos prescribió que huyésemos de lo que practica el mayor número, diciendo que son infinitos los necios, muchos los llamados y pocos los escogidos, que es muy ancho el camino de la perdicion, é innumerables los que por él caminan, y que es por el contrario estrechísimo el del cielo, y muy contado el número de los que por él entran. Recomendó las obras de caridad y prometió el cielo á los que las practican, al paso que condenó á las penas eternas del infierno á los que no las ejercen.

Tal era la doctrina que Jesucristo predicó en distintas ocasiones, doctrina que solo podia enseñar á la humanidad, el que era como él Dios hecho Hombre. Una moral tan santa, tan pura solo podia venir del que es la suma santidad y sabiduría.

Habiendo terminado Jesucristo el sermon que

predicó en el monte, curó á un leproso, y despues en Cafarnaum al hijo de un centurion romano que, lleno de viva fé, no quiso consentir que Jesus fuera á su casa, bastándole que pronunciara una sola palabra para creer que su hijo quedaria sano y salvo, como asi se verificó.

Yendo poco despues á la ciudad de Nain, y viendo á una pobre viuda acompañar el féretro de su hijo á quien llevaban á enterrar, la dijo que no llorase; mandó al muerto que se levantara del atahua y asi lo verificó, sentándose sobre las andas y hablando. Jesus lo cogió de la mano y lo entregó vivo y sano á su madre, llena de agradecimiento y de asombro, asi como todos los circunstantes.

Aunque el Salvador fulminaba á cada momento anatemas contra los hipócritas Escribas y Fariseos, sin embargo, nada omitia para ganarlos y convertirlos, ni aun el comer en casa de ellos cuando le convidaban.

Estando un dia á la mesa en casa de Simon el fariseo, « una mujer pecadora, dice el Evangelista » S. Lucas, que habia en la ciudad, cuando supo » que estaba á la mesa en casa del fariseo, llevó » un vaso de alabastro lleno de ungüento y, ponién-

» dose á sus piés en pos de él, comenzó á regarle
» con lágrimas los piés y los enjugaba con los ca-
» bellos de su cabeza, y le besaba los piés y los
» ungía con el ungüento. Y cuando esto vió el fa-
» riseo que le habia convidado, dijo entre si mismo:
» si este hombre fuera profeta, bien sabria quién y
» cuál es la mujer que le toca, porque pecadora
» es. Y Jesus le respondió diciendo: Simon, te
» quiero decir una cosa, y él respondió: Maestro,
» di. Un acreedor tenia dos deudores: el uno le de-
» bia quinientos denarios y el otro cincuenta. Mas,
» como no tuviesen de que pagarle, se los perdonó
» á entrambos.Cuál, pues, de los dos le ama mas?
» Respondió Simon y dijo: pienso que aquel á quien
» mas perdonó. Y Jesus le dijo: rectamente has juz-
» gado. Y volviéndose hácia la mujer, dijo á Si-
» mon: ¿ves esta mujer? Entré en tu casa, no me
» diste agua para los piés; mas esta con sus lágri-
» mas ha regado mis piés y los ha enjugado con
» sus cabellos. No me diste ósculo; mas esta, desde
» que entró, no ha cesado de besarme los piés: no
» me ungiste mi cabeza con oleo, mas esta con un-
» güento ha ungido mis piés: por lo cual te digo,
» que perdonados le son muchos pecados, porque

» amó mucho : mas al que menos se perdona me-
» nos ama : y dijo á ella, perdonados te son tus
» pecados. Y los que comian alli comenzaron á decir
» entre sí : ¿ quién es este que aun los pecados per-
» dona ? Y dijo á la mujer : tu fé te ha hecho salva :
» vete en paz. (*San Lucas, VII.*) »

Despues de esta insigne conversion recorrió el Salvador con sus Apóstoles la mayor parte de los pueblos de Galilea, predicando su admirable doctrina, y acomodándose al lenguaje del pais, hacíalo por medio de parábolas.

Sirvióse de la del sembrador para esplicar los diferentes efectos que produce en las almas la palabra de Dios, segun las diversas disposiciones con que la oyen : de la cizaña que, sembrada entre el buen grano, es imágen de los malos que algun dia serán separados de los buenos, como ella será separada con la paja para arder en el fuego. La del grano de mostaza, cuya planta crece tanto, á pesar de ser él tan pequeño, es la imágen del humilde. La de la levadura, que se estiende por la masa y la fermenta, denota la pureza de intencion, así como la de la perla fina, por la cual da el negociante todo su caudal y el tesoro escondido, son imágenes de

la eterna salvacion por la que debe el hombre sacrificarlo todo. Queriendo dar á conocer los funestos efectos de la recaida en la culpa, se sirve de la parábola del fuerte armado que, arrojado de una casa, vuelve con mayores fuerzas, entra en ella á viva fuerza, se fortifica y ya no se le puede volver á echar. La parábola de los convidados, que con frivolos pretextos rehusan asistir á la cena, pinta la indiferencia de los que se apartan de la comunión y se hacen indignos de ella por su apego á las cosas de la tierra. La del hijo pródigo tan admirablemente descrita y que nos presenta á un jóven que huye de la casa paterna, disipa en liviandades su patrimonio y cae en la miseria, viéndose precisado á guardar puercos y á desear alimentarse con las bellotas que á estos se les daban, es imágen del pecador y de las debilidades y miserias en que incurre. Su vuelta á la casa paterna porque suspira, el recibimiento casi triunfal que se le hace, el regocijo del padre al volverle á estrechar en sus brazos y hasta la preferencia con que se le distingue de su hermano mayor, nos representan los resortes de que se vale la Providencia en su misericordia para atraer al pecador, y la bondad y alegría con que recibe su ar-

repentimiento, en términos de espresar el mismo Jesucristo ser mayor el júbilo que causa en el cielo la conversion de un pecador que la perseverancia de noventa y nueve juntos.

Ora sea una historia la del rico avariento, que en medio de sus riquezas y opulentos banquetes despreciaba al pobre Lázaro que, cubierto de llagas á la puerta de su casa, codiciaba las migajas que se desprendian de la mesa de aquel, pero que, despues de la muerte de entrambos, pedia desde el infierno una gota de agua para apagar la sed que le devoraba, mientras Lázaro disfrutaba de ventura en el seno de Abraham, ora sea una mera parábola, nada dá á conocer mas bien las desdichas de los ricos olvidados de Dios en la otra vida, y las recompensas que aguardan á la pobreza humilde y resignada.

Queriendo el Salvador dar una idea de su Iglesia, la compara á una red que, echada al mar, recoge peces buenos y malos que despues se separan en la playa, como los réprobos serán separados de los elegidos en el dia del juicio.

Para demostrar que debemos estar siempre prevenidos para la muerte, propone las parábolas del

criado pronto, siempre á abrir la puerta á su amo cuando llama, la del padre de familia, siempre alerta contra las asechanzas de los ladrones y las de las diez vírgenes, cinco fátuas y cinco prudentes, las primeras descuidadas en tener provision de aceite para sus lámparas antes de la llegada del esposo, y las segundas con todo prevenido para recibirle á cualquier hora.

Queriendo confundir á los que presumen de sí mismos, como si fueran unos santos, y ensalzar la humildad del verdadero cristiano, compara á ambos á dos hombres, uno fariseo y otro publicano; el primero de los cuales, yendo al templo á orar, hace alarde de sus penitencias y virtudes, mientras el otro se confiesa pecador y le pide perdon de sus culpas, saliendo este justificado, y aquel mas criminal tal vez que entró.

El criado que debia diez mil talentos á su amo, que, no teniendo con que pagar, consigue el perdon de la deuda, trata con la mayor dureza á un compañero suyo que no le debia mas que cien denarios, condenando la mala conducta y el rigor con que suelen tratar al prójimo los mismos que reclaman indulgencia para sí, y, para hacer ver que se puede

con fervorosa virtud alcanzar tanto en poco tiempo, como los que han servido al Señor largos años, propone el simil de los trabajadores que, habiendo ido al trabajo por la tarde, recibieron el mismo jornal que los que habian trabajado desde el amanecer. El de los talentos con que habian negociado y que multiplicaron los dos criados fieles é industriosos, enterrando el tercero, tímido y haragan, el que habia recibido, manifiesta cuanto importa no hacer inútiles las dotes, gracias y favores que de Dios hemos recibido. La de la higuera, que no dá fruto, es una figura sensible de la vida estéril en buenas obras.

Finalmente, haciendo Jesucristo una pintura del horrible delito que los Judíos iban á cometer condenándole á morir en la cruz, presenta la parábola de un padre de familias que arrendó su viña á unos labradores y llegada la época de recoger la cosecha, envió al efecto sus criados, los cuales fueron el uno muerto, el otro apaleado y los demás ahuyentados á pedradas. En seguida mandó muchos mas que no fueron mejor tratados, visto lo cual por él, envió á su propio hijo, juzgando que los arrendatarios le tendrían respeto ; pero ellos, pensando quedarse

con la viña si se deshacian del que habia de heredarla, le sacaron fuera de ella y le mataron. Harto comprendieron los fariseos que esta parábola hablaba con ellos, bajo la figura de los arrendatarios de la viña; que los criados enviados por el padre de familias eran los Profetas, á muchos de los cuales dieron muerte, y el hijo del padre de familias era el mismo Jesucristo á quien habian jurado perder.

Habiendo el Señor despedido al pueblo, se metió con sus discípulos en una barca para pasar á la orilla opuesta del lago. Apenas habia dejado la costa, cuando se levantó una tempestad tal, que las olas cubrian la barca. Durante ella, Jesus dormia. Asustados los discípulos á vista del peligro, exclamaron : *salvadnos, Señor, que perecemos*. Entonces Jesucristo, reprendiéndoles por su poca fé y confianza en su proteccion, mandó á los vientos y al mar que se calmaran y al instante quedó sosegada la tormenta, con admiracion de sus discípulos, asombrados de que los elementos le obedecieran. Cuando saltó á tierra libró á dos energúmenos, el uno de los cuales estaba poseido de una legion de demonios, á los cuales el Señor les permitió que

entraran en los cuerpos de una piara de cerdos, los que, así que esto se verificó, huyeron, y precipitándose en el mar, se ahogaron. Hermosa compasión del pecador impenitente. Poco despues curó una mujer que padecia hacia doce años, de un flujo de sangre, y que solo habia tocado la orla de su vestido. Sanó igualmente á la hija de uno de los principales de la Sinagoga, llamado Jairo, al cual vinieron á anunciarle que habia muerto cuando caminaba con Jesus á su casa : mas, habiendo llegado á ella el Señor, manifestó que no estaba muerta sino que dormia. Los que estaban en la casa, que sabian que habia fallecido, se rieron al oirlo. Mas Jesus, haciendo salir á todos de la estancia en que estaba, menos á los padres de la niña y á sus tres Apóstoles Pedro, Juan y Santiago, tomó á aquella de la mano y la mandó levantarse, como lo verificó tan sana cual si nunca hubiera estado enferma, ordenando Jesus que la dieran de comer. Tan admirable prodigio convirtió en alabanzas y demostraciones de júbilo las anteriores exclamaciones de dolor.

Creciendo el número de los que creian en el Redentor, y habiendo ya elegido sus doce Apóstoles,

escogió setenta y dos discípulos, que bajo la dirección de estos trabajaran en la viña del Señor. Mandóles ir por todo el país á anunciar su doctrina, recomendándoles el espíritu de pobreza y de mortificación, y dándoles las mas sabias instrucciones. Su misión fue bien desempeñada, y refirieron con gozo á su maestro las conversiones y prodigios que habian hecho en su nombre.

Habiendo sabido Jesus que Hérodes habia hecho cortar la cabeza al Bautista, y noticioso de lo que de él se decia en la corte de aquel principe, se metió en una barca con sus Apóstoles, y habiendo atravesado el lago de Genesaret, desembarcó en un lugar solitario enfrente de Betsaida, al que bien presto se vieron llegar multitud de gentes. Mas de cinco mil personas habian caminado á pié, para salirle al encuentro, durante todo un dia; necesitaban otro tanto tiempo para volverse y aun no habian tomado alimento. Despues de haberlos instruido y curado los enfermos, viendo los Apóstoles que se hacia tarde, le dijeron: « desierto es este lugar y la hora ya pasada; despídelos que vayan á las granjas y aldeas de la comarca á comprar de comer. Y él les repondió y dijo: dadles

» vosotros de comer : y le dijeron : iremos nosotros
» á comprar pan por doscientos denarios y les dare-
» mos de comer? Y les dice : ¿cuántos panes teneis?
» Id y vedlo. Y habiéndolo visto, dicen : cinco y dos
» peces. Y les mandó que los hiciesen recostar á
» todos por ranchos sobre la verde yerba, y se recos-
» taron por ranchos de ciento en ciento y de cin-
» cuenta en ciencuenta : y tomando los cinco panes
» y los dos peces, alzando los ojos al cielo, bendijo
» y partió los panes y los dió á sus discípulos para
» que se los pusiesen delante, y repartió entre todos,
» los dos peces. Y comieron todos y se hartaron. Y
» alzaron de lo que sobró de los pedazos, doce ces-
» tos llenos y de los peces. Y los que comieron eran
» cinco mil hombres. (S. *Marcos*, VI.) » Semejante
milagro acabó de colmar de asombro á los que le
presenciaron, en términos de que quisieron cogerle
y hacerle rey; pero él, habiendo conocido sus in-
tenciones se huyó otra vez solo al monte. Por la
arde, habiéndose embarcado sus discípulos para
ir á Cafarnaum, empezó á soplar muy gran viento
y el mar se alborotó, en disposicion que aquellos no
pudieron abordar á pesar de sus esfuerzos, y se cre-
yeron perdidos. Como á las cuatro de la mañana,

viendo Jesus el peligro en que estaban, se encaminó hácia ellos andando por el mar. Asustáronse los Apóstoles, creyendo que era un fantasma; pero él los sosegó diciéndoles : « no temais, soy yo. Señor, »
« exclamó entonces Pedro, si tú eres, mándame »
« venir á tí sobre las aguas; y él le dijo : ven : Y »
« bajando Pedro del barco andaba sobre el agua »
« para llegar á Jesus : mas viendo el viento recio, »
« tuvo miedo y, como empezase á hundirse, dió »
« voces diciendo : valedme, Señor : y luego, esten- »
« diendo la mano, trabó de él y le dijo : hombre »
« de poca fé, ¿ por qué dudaste ? Y luego que »
« entraron en el barco cesó el viento. (*San Mateo,* »
« *XIV.*) » Tan cierto es que sin la ayuda de Dios »
nada somos, y que empezamos á perdernos desde »
el momento en que nos falta la fé. Todas las mara- »
villas que Jesucristo habia obrado, obligaron á sus »
Apóstoles á reconocerle por Hijo de Dios. Postrados, »
pues, á sus piés, le adoraron como á tal.

CAPITULO VI.

Jesucristo declara su presencia real en el Sacramento de la Eucaristia. — Hace á San Pedro cabeza visible de la Iglesia. — Transfiguración del Señor. — Liberta á un endemoniado. — Predice su muerte á sus discípulos y les dá una importante leccion de humildad. — Mansedumbre de Jesus con la mujer adúltera y malicia de los Judios para hacerle odioso.

Luego que desembarcó Jesus en tierra de Genesareth, al lado de acá del lago, se esparció la noticia de su llegada. Manifestó á muchos de los que habian estado impacientes por hallarle, que no le buscaban por los milagros que le habian visto hacer, sino por los panes con que abundantemente los habia alimentado. Les indicó la necesidad de un

alimento espiritual é incorruptible, que se conserva hasta la vida eterna, aludiendo en esto el Señor al alimento de su sagrado Cuerpo y de su Sangre. Dijo à los que le preguntaban qué habian de hacer para merecerlo, que era menester una fé viva, creer en su palabra y en que él era el Mesías. El Hijo de Dios, que conocia perfectamente los corazones, habia tenido razon en decir que no le buscaban sino por las ventajas que les resultaba de sus milagros, puesto que le preguntaron cuáles eran estos para creer en él; que si era cierto que con cinco panes habia dado de comer à cinco mil hombres, tambien lo era que Moisés habia alimentado con el maná à su pueblo. « En verdad, en verdad os digo, exclamó Jesus, que no os dió Moisés pan del cielo, mas mi padre os dá el pan verdadero del cielo; porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y dá la vida al mundo. Ellos pues, le dijeron: Señor, danos siempre ese pan: y Jesus les dijo: Yo soy el pan de la vida; el que à mí viene no tendrá hambre, y el que en mí cree nunca jamás tendrá sed. Mas ya os he dicho que me habeis visto y no creéis. Todo lo que me dá el Padre à mí, vendrá, y aquel

» que á mí viene, no le echaré fuera. Porque des-
» cendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la
» voluntad de aquel que me envió. (S. Juan, VI.) »
De este modo disponia el Hijo de Dios aquellos es-
píritus materiales y carnales para el mas admira-
ble de todos los misterios; pero ellos, lejos de
rendirse á las verdades que el Salvador les hacia
sensibles por medio de hechos portentosos, murmu-
raban y decian : « ¿no es este Jesus el hijo de José,
» cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Pues
» cómo dice este, que del cielo descendí? (S. Juan,
» *ibid.*) » Tan cierto es que el hombre no percibe el
espíritu de Dios, y que los mas admirables efectos
de su omnipotencia, sabiduría y amor, son las mas
veces un absurdo para él. « No murmureis, les di-
» jo Jesus, los unos con los otros. Ninguno puede
» venir á mí, si no le trae el Padre que me envió,
» y yo le resucitaré en el postrimero dia. Escrito
» está en los Profetas : Y serán todos enseñados de
» Dios. Todo aquel que oyó del Padre y aprendió,
» viene á mí. No porque alguno ha visto al Padre,
» sino aquel que vino de Dios, este ha visto al
» Padre. En verdad, en verdad os digo, que aquel
» que cree en mí. tiene vida eterna. Yo soy el pan de

» la vida. Vuestros padres comieron el maná en el
» desierto y murieron. Este es el pan que desciende de
» del cielo, para que el que comiere de él no muera.
» Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Si al-
» guno comiere de este pan vivirá eternamente, y
» el pan que yo daré es mi carne por la vida del
» mundo. Comenzaron entonces los judíos á altercar
» unos con otros diciendo : ¿ cómo no puede dar
» este su carne á comer? Y Jesus les dijo : en ver-
» dad, en verdad os digo, que si no comiereis la
» carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre,
» no tendreis vida en vosotros. El que come mi car-
» ne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo le
» resucitaré en el último dia. Porque mi carne ver-
» daderamente es comida y mi sangre verdadera-
» mente es bebida. El que come mi carne y bebe
» mi sangre, en mí mora, y yo en él. Como me en-
» vió el Padre viviente y yo vivo por el Padre, así
» también el que me come, él mismo vivirá por mí.
» Este es el pan que descendió del cielo. No como
» el maná que comieron vuestros padres y murie-
» ron. Quien coma este pan vivirá eternamente.
» (*San Juan, VI.*) »

Nótese que en todo cuanto hemos transcrito, to-

mado de San Juan Evangelista, no usa el Señor de lenguaje figurado. Asi que no pudieron menos de tomar los judíos sus palabras en su sentido propio y material, que era el que Jesucristo queria hacer entender á sus discípulos. Si no hubiera querido decir que su cuerpo era alimento y bebida su sangre, sino en el sentido figurado por medio de la fé, hubiera desengañado á los Judíos cuando se decian unos á otros, cómo podia ser que les diera á comer su carne ; y vemos que, lejos de hacerlo asi, insiste en lo que tanto les repugnaba, y materializa, por decirlo asi, mas sus espresiones, para hacer comprender la presencia real de su Cuerpo y Sangre en el augusto misterio de la Eucaristia. Mas, como el esceso de la interpretacion les hacia creer, como dicen los Santos Padres, que Jesucristo habia de darles su carne á comer hecha trozos, por eso decian : duro es este razonamiento : *y quién puede oirlo?* (*S. Juan. VI.*) Jesus, conociendo que murmuraban sus discípulos, les dijo : « ¿ esto os escandaliza? Pues qué, si vierais al Hijo del Hombre subir » donde estaba antes? El espíritu es el que da vida ; » la carne nada aprovecha. Las palabras que yo os » he dicho, espíritu y vida son. Mas hay algunos de

» vosotros que no creen. » Esto era como decirles, que no debian entender cuanto habia dicho de un modo grosero y carnal; que su carne, unida á la divinidad, debia ser alimento espiritual del alma, no del cuerpo, y que, aunque dicha su carne habia de ser dada á comer real y verdaderamente, se verificaria de un modo malagroso, bajo la apariencia de pan, pero que no aprovecharia sino á los que tuviesen una fé viva y un corazon puro. Sin embargo de las claras esplicaciones del Salvador, muchos de los que las oian y que hasta entonces le habian seguido como discípulos, dejaron de hacerlo desde aquel instante. Por muy celoso que fuese el Señor de la salvacion de todos ellos, no quiso modificar en nada cuanto habia dicho acerca del referido misterio. Volviéndose despues á los doce Apóstoles, les dijo : « ¿vosotros quereis » tambien iros? Y Simon Pedro le respondió : Señor, » ¿ á quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna » y nosotros hemos creido y conocido que tú eres el » Cristo, el Hijo de Dios. Jesus les respondió : ¿ no » os escogí yo á los doce, y el uno de vosotros, es » diablo? Y hablaba de Judas Iscariotes, hijo de

» Simon, porque este, que era uno de los doce, le
» habia de entregar. » (S. Juan, VI.) »

Algunos dias despues, yendo Jesus con sus discipulos por los confines de Tiro y de Sidonia, encontró en el camino á una mujer canánea que venia hácia él gritando : *Señor, Hijo de David, ten piedad de mí; mi hija está malamente atormentada del demonio.* Jesus hacia como que no la oia; mas ella no cesaba de gritar. Fatigados los Apóstoles de oirla, dijeron á su maestro : « Despáchala, » porque viene gritando en pos de nosotros. Y él » respondiendo dijo; no soy enviado sino á las ovejas » que perecieron de la casa de Israel. Mas ella vino » y le adoró diciendo : Señor, valedme. Él respon- » dió y dijo : no es bien tomar el pan de los hijos y » echarlo á los perros. Y ella dijo : así es, Señor; » mas los perrillos comen de las migajas que caen de » la mesa de sus señores. Entonces respondió Jesus » y le dijo : ¡oh mujer! Grande es tu fé, hágase contigo como quieres; y desde aquella hora, fué sana » su hija. » (S. Mateo XV.) Si Jesus se mostró en esta ocasion rehacio en conceder la salud que de él se imploraba, y hasta duro con la que se la pedia para su hija, fué porque quiso hacer patente á to-

dos la ardiente fé de una mujer estrangera para los suyos, menos creyentes que ella, que no le conocia. Despues de este, hizo Jesus otros varios milagros, curando todo género de enfermedades *por la virtud*, dice San Lucas, *que salia de él*. Dió de comer otra vez milagrosamente á mas de quatro mil personas con siete panes y algunos pececillos, y llegando á Betsaida, dió vista á un ciego poniéndole los dedos sobre los ojos. Los Fariseos y Saduceos, que no trataban mas que de armarle lazos, le pidieron que hiciese delante de ellos algun prodigio en el aire; pero el Salvador, despues de haberles echado en cara su hipocresia, suspiró y les dijo que su nacion perversa é infiel, pedia un prodigio, y que no habria para ella otro que el del profeta Jonás, es decir, aquel de que este fué figura; pues el haberle tragado la ballena y arrojádole de su vientre al cabo de tres dias, significaba la muerte de Jesucristo, el tiempo que su cuerpo habia de estar en el sepulcro, y su gloriosa resurreccion.

Cuando el Salvador fué á los contornos de Cesárea de Filipo, preguntó á sus discípulos, qué era lo que en vista de sus milagros decian de él en Judea. Ellos le respondieron, que unos decian que era el

Bautista, otros que Elias y otros que Jeremias, ó alguno de los Profetas. *Y vosotros*, les dijo Jesucristo :
» ¿quién creéis que soy yo? Tú eres, respondió Pedro, el Cristo, Hijo de Dios vivo. Y respondió Jesus, y le dijo : Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan; porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi padre qué está en los cielos : y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatáis sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos. » (*S. Mateo XVI.*) Estas palabras son el fundamento del primado de San Pedro, como gefe de la Iglesia y de todos sus sucesores, así como de su existencia imperecedera en la tierra hasta la consumacion de los siglos. En ellas se encuentra asimismo establecida la facultad de la Iglesia para conceder y negar la absolucion de los pecados, y de castigar á los fieles con censuras y relevarlos de ellas.

Despues de esto prohibió á sus discípulos que dijieran que él era Jesucristo, y comenzó á indicar-

les la necesidad de su pasión y muerte, reprendiendo á Pedro que deseaba que no se verificase la una ni la otra. En esta ocasión dijo Jesús, que el que quisiera seguir sus pisadas, debía renunciarse á sí mismo, tomar su cruz y seguirle. Añadió que al que se avergonzara de confesarle delante de los hombres, se avergonzaria él de confesarle delante de su Padre.

« Seis días después, tomó Jesús consigo á Pedro y á Santiago, y á Juan su hermano, y los llevó aparte á un monte alto, y se transfiguró delante de ellos y resplandeció su rostro como el Sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve y aquí les aparecieron Moisés y Elías hablando con él : y tomando Pedro la palabra, dijo á Jesús : Señor, bueno es que nos estemos aquí; si quereis, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés, y otra para Elías. Y estaba aun hablando, cuando vino una nube luminosa que los cubrió : y he aquí una voz de la nube diciendo : este es mi Hijo, el amado en quien yo mucho me he complacido; á él escuchad. Y cuando lo oyeron los discípulos, cayeron sobre sus rostros, y tuvieron gran miedo : mas Jesús se acercó, y los tocó y les

» dijo : levantaos y no temais; y, alzando ellos sus » ojos, á nadie vieron sino solo á Jesus. » (*S. Mateo, XVII.*) Sabiendo Jesus el escándalo que habia de causar su muerte, quiso fortificar la fé de sus discipulos. Asi que, no contentándose con asegurarles que resucitaria, quiso que viesen en su transfiguracion un rayo de la magestad y gloria que tiene en el cielo. Encargó, sin embargo, á sus discipulos que nada dijesen de lo que habian visto hasta despues de su resurreccion, temiendo que la grandeza misma del prodigio hiciese mas incrédula á la muchedumbre, y sirviese despues su muerte de mayor escándalo.

Al bajar del monte curó á un endemoniado que sus discipulos no pudieron libertar por la poca fé con que habian tratado de hacerlo, segun el mismo Señor les dió espresamente á entender, reprendiéndoles por ello.

Entre tanto el Salvador los preparaba para el escándalo que habia de causarles su muerte, y les decia, que seria entregado en manos de los hombres, quienes le quitarian la vida, resucitando despues al tercer dia.

Cuando llegaron á Cafarnaum, preguntó á sus

Apóstoles qué era de lo que hablaban en el camino; mas ninguno se atrevió á responder, puesto que habian disputado sobre cuál de ellos seria mayor, dando con esto lugar á la vanidad. Entonces se sentó, y llamándoles les dijo: « si alguno quiere ser » el primero, será el postrero de todos y el siervo » de todos. » (*S. Marc. IX.*) Llamando Jesus entonces á un niño, lo puso en medio de ellos y les dijo: « en verdad os digo, que si no os volviesséis é hicie- » reis como niños, no entrareis en el reino de los » cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como » este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos. » (*S. Mateo, XVIII.*)

Yendo despues á Jerusalem á la fiesta de Pentecostés, que era muy célebre entre los Judíos, los Samaritanos, por cuyo país pasaba con sus discipulos, le negaron la entrada en una de sus ciudades; por lo que, irritados Juan y Jacobo, rogáronle les permitiera hacer bajar sobre aquella poblacion fuego del cielo, como en otro tiempo lo habia hecho Elias en igual caso; pero el Señor les reprendió por su celo amargo, diciéndoles que la manse- dumbre debia ser la compañera de aquel.

Hallándose en Jerusalem, y buscando los Escri-

bas y Fariseos toda clase de medios para comprometerle, le preguntaron, si era lícito pagar los tributos al César y, habiéndoles Jesus pedido una moneda y preguntádoles de quién era el busto grabado en ella, á lo que contestaron que del César, les dijo : *pues dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.* (S. Mateo, XXII.) Quiso con esto significarles, que llevarán con resignacion el yugo de los Romanos, obedeciendo á las potestades de la tierra, y cumpliendo al mismo tiempo con lo que á Dios se le debe : doctrina que dejó atónitos á sus perseguidores.

Presentóseles á estos una nueva ocasion de tentar al Señor. Estando un dia en el átrio del templo, los Escribas, de acuerdo con los Fariseos, le presentaron una mujer, y colocándola en medio de ellos, le dijeron : « Maestro, esta mujer ha sido » ahora sorprendida en adulterio, y Moisés nos man- » dó en la ley apedrear á estas tales : ¿pues tú qué » dices? Esto lo decian tentándole para poderle acusar : mas Jesus, inclinado hácia abajo, escribía » con el dedo en tierra; y, como porfiasen en preguntarle, se enderezó y les dijo : el que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra

» el primero; é inclinándose de nuevo, continuaba
» escribiendo en tierra. Ellos, cuando esto oyeron,
» se salieron los unos despues de los otros, y los
» mas ancianos los primeros; y quedó Jesus solo y
» la mujer que estaba en pié en medio; y endere-
» zándose Jesus, la dijo : Mujer, ¿en dónde están
» los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?
» Dijo ella : ninguno, Señor; y dijo Jesus : ni yo te
» condenaré. Vete, y no peques ya mas. » (*San Juan, VIII.*) No se sabe qué admirar mas en este
suceso, si la sabiduria y habilidad del Salvador
para dejar confundidos á sus enemigos hipócritas,
ó su misericordia infinita con la mujer pecadora.
Creian aquellos que no podria menos de caer en sus
redes al preguntarle su opinion acerca de lo que
debia hacerse con la adúltera. Si decia que la ape-
drearan como mandaba la ley, le dirian que seme-
jante resolucion era contraria á la doctrina de man-
sedumbre é indulgencia que predicaba, cuando ma-
nifestaba que queria la conversion y no la muerte
del pecador. Si indicaba que la dejasen libre, le
habrian de contestar que se ponía en abierta con-
tradicción con la ley de Moisés, cuya observancia él
mismo prescribia. La contestacion de Jesucristo

los llenó de confusion; pues, remordiéndoles la conciencia, y temiendo que el Señor publicara sus delitos, se fueron saliendo unos tras otros, empezando por los que, por ser mas viejos, debian ser los mas criminales, mientras que Jesus, inclinado escribia con el dedo en el suelo, ó para que se retirasen de su presencia con rator, ó para mostrarles el poco caso que hacia de su acusacion. Solo ya con la pecadora, no podia menos de perdonarla, haciendo brillar en su mansedumbre con ella todo el lleno de su misericordia. Mas téngase presente, que al hacerlo asi, le impone una condicion que deja á salvo su justicia, y es la de que no volviera mas á pecar.

CAPITULO VII

Fija Jesucristo la indisolubilidad del matrimonio. — Bendice á los niños. — Manifiesta lo difícil de que entren los ricos en el Cielo. — Da testimonio de su divinidad. — Cura á un ciego de nacimiento. — Se hospeda Jesus en casa de Marta y manifiesta la hipocresía de los Fariseos. Predica la ruina de Jerusalem, figura de lo que debe preceder al juicio final. — Exhorta á sus discípulos á ser fieles, manifiesta que ha venido al mundo espresamente por los pecadores, y da saludables consejos á sus Apóstoles.

Apenas habian sido avergonzados por Jesucristo los fariseos, cuando otra vez volvieron á preguntarle con notoria malicia si era lícito al hombre repudiar á su mujer, á lo que el Señor les contestó,

que el matrimonio era indisoluble; que no se podia repudiar á aquella, sino por causa de adulterio, y aprovechó esta ocasion para hablarles del mérito y escelencias de la castidad.

Traíanle, dice San Lucas, « al Señor niños para » que los tocase, y cuando lo vieron los discípulos los » reñían : mas Jesus los llamó y dijo : dejad que ven- » gan á mí los niños y no lo impidais, porque de » los tales es el reino de Dios, y en verdad os digo, » que el que no recibiere el reino de Dios como ni- » ño, no entrará en él. » (*S. Lucas*, XVIII.)

Estando en esto, se acercó á él un jóven y le dijo : « Maestro bueno, ¿ qué bien haré para conse- » guir la vida eterna? Y él le dijo : ¿ por qué me » preguntas de bien? Solo uno es bueno, que es » Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los » mandamientos... y el mancebo dijo : yo he guar- » dado todo eso desde mi juventud; qué me falta » aun? Jesus le dijo : si quieres ser perfecto, vé, » vende cuanto tienes y dalo á los pobres y tendrás » un tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Y cuando » oyó el mancebo estas palabras, se fué triste, » porque tenia muchas posesiones. Y dijo Jesus á » sus discípulos : en verdad os digo, que con difi-

» cultad entrará un rico en el reino de los cielos;
» y tambien os digo : que mas fácil cosa es pasar un
» camello por el ojo de una aguja, que entrar un
» rico en el reino de los cielos. » (*San Mateo*, XIX.)
Terrible leccion que debe mover al hombre á hacer
buen uso de sus riquezas, á ejercer abundantemente
la caridad y á ser verdadero pobre de espíritu.

San Pedro, que se estremeció como los demas al
oir tan terribles palabras, que el Señor suavizó dici-
ciendo que, si era lo que decia imposible para los
hombres, no lo era para Dios, le preguntó cuál se-
ria su suerte y la de los demas Apóstoles que lo ha-
bian dejado todo por seguirle; á lo que el Salvador
contestó, que cuando resucitara y se hallase senta-
do en el trono de su Magestad, se sentarian ellos en
doce sillas para juzgar á las doce tribus de Israel.
Finalmente, que todo el que por su nombre dejara
su casa, sus parientes y sus bienes, recibiria un
bien cien veces mayor en la tierra y poseeria des-
pues la vida eterna.

Habiendo ido Jesus al templo, le echaron en
cara los fariseos, que puesto que él solo daba testi-
monio de sí mismo, no debia este ser creido; pero

él, entre otras cosas, les dijo que ellos solo juzgaban segun sus pasiones, que él daba testimonio de si mismo como enviado del Padre, con su doctrina y con los milagros que la confirmaban. Y preguntándole los fariseos dónde estaba su Padre, les dijo que, si supieran quien él era, sabrian tambien quien era su Padre y dónde estaba. Algunos dias despues les predijo el Salvador su infeliz destino á causa de su incredulidad, diciéndoles, que le buscarian y no le hallarian, y moririan en su pecado.

Hablando luego el Señor de su persona, les decia : *yo soy la luz del mundo ; el pan de vida y el Mesías tan ardientemente deseado*. Estas y otras muchas cosas les dijo para convertirlos, al propio tiempo que les ponía de manifiesto á la generalidad de ellos sus vicios y su hipocresía, lo cual fué causa de que intentasen apedrearle; pero Jesus se les hizo invisible pasando por medio de ellos, y saliendo del templo, pues no era llegada todavía la hora de entregarse en manos de sus enemigos.

A este tiempo curó Jesus á un ciego de nacimiento, escupiendo en tierra, haciendo lodo con la saliva, untándole los ojos con él y diciéndole : *ve, lávate en la piscina de Silvoé, (que quiere decir*

enviado.} Se fué, pues, y se lavó, y volvió con vista. (S. Juan, IX.) Este milagro fué tan portentoso, que muchos no le creyeron. Los fariseos, sobre todo, trataron de quitarle todo el mérito, haciendo mil preguntas al que antes habia sido ciego, e informándose sobre todo de sus padres acerca de su ceguera. Llamando despues al curado, le dijeron : *da gloria á Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Y él les dijo : si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que, habiendo yo sido ciego, ahora veo.* Semejante contestacion, por lo sencilla y concluyente, les dejó sin tener que replicar, y asi recurrieron otra vez á sus primitivas preguntas diciéndole : « qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? » Les respondió : ya os lo he dicho. ¿Por qué lo » quereis oir otra vez? Por ventura quereis vosotros » tambien haceros sus discípulos? Y le maldijeron » y dijeron : tú seas su discípulo, que nosotros » somos discípulos de Moisés; mas este no sabemos » de donde sea. Aquel hombre les respondió y dijo : » cierto que es esta cosa maravillosa, que vosotros » no sabeis de dónde es y abrió mis ojos. Y saben. » que Dios no oye á los pecadores; mas si alguno es » temeroso de Dios y hace su voluntad, á este oye.

» Nunca fué oído que abriese alguno los ojos de uno
» que nació ciego; si este no fuese de Dios, ¿cómo pu-
» diera hacer cosa alguna. » La candidez y fé sin-
cera de este hombre le hacían discurrir de este
modo confundiendo y dando una severa lección á
los fariseos, que, humillados y vencidos por él, le
dijeron : « ¿en pecado eres nacido todo y tú nos
» enseñas? Y le echaron fuera. Oyó Jesus que le ha-
» bían echado fuera y cuando le halló le dijo :
» ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él y dijo :
» ¿quién es, Señor, para que crea en él? Jesus le
» dijo : lo has visto, y el que habla contigo ese
» mismo es. Y él dijo : creo, Señor y, postrándose,
» le adoró. Y dijo Jesus : yo vine á este mundo para
» juicio : para que vean los que no ven, y los que
» ven sean hechos ciegos. Y lo oyeron algunos de
» los fariseos que estaban con él y le dijeron :
» ¿pues qué, nosotros somos también ciegos? Jesus
» les dijo : si fueseis ciegos, no tendríais pecado;
» mas ahora porque decís vemos, por eso permanece
» vuestro pecado. (*S. Juan, IX.*) »

Después les presentó la parábola del pastor y
de las ovejas, manifestando que algunos, en vez de
entrar en el redil por la puerta, lo hacían por un

agujero ó por otras partes; y diciéndoles que él era la puerta por donde se debía entrar á conducir el rebaño. Añadió que habia algunos que, en vez de entrar por la puerta, conducian á las ovejas con espíritu mercenario, en términos de que pronto las abandonaban al lobo; y, finalmente, que habia pastores buenos y legítimos que entraban á la verdad por la puerta, que conocian á las ovejas y las ovejas á ellos por la voz; que las conducian á buenos pastos y las amaban hasta el punto de dar su vida por ellas. Dijo, por último, que los que habian venido antes que él y se habian atribuido el nombre del Mesías, no lo eran. Que él no habia venido á dar su vida por los judíos, sino tambien por los gentiles que necesitaba atraer á su redil, y que, de todos los que creyeran en él, fueran gentiles ó judíos, se formaria un solo rebaño de que él seria el único pastor.

Este razonamiento escitó una nueva division entre los que lo oyeron, creyendo unos que estaba poseido del demonio, y otros que mal podia estarlo quien los arrojaba de los cuerpos de los demás y abria los ojos á los ciegos de nacimiento.

Despues de este discurso y otros muchos que el

Salvador pronunció en aquel tiempo, ya diciendo que el padre y él eran una misma cosa, dando con esto una demostracion de la Trinidad, ya confirmando la idea de que era Hijo de Dios y el Mesias prometido, muchos creyeron en él.

Pasando con sus discipulos por Betania, se hospedó Jesus en casa de Marta, hermana de María y de Lázaro, á quienes profesaba una singular amistad. Fué recibido por ellos con el mayor gozo y, mientras Marta andaba muy solícita arreglando todo para obsequiar á su divino huesped, Maria, sentada junto á él, oia con atencion sus instrucciones. Viendo Marta que todo el trabajo pesaba sobre ella, se quejó al Salvador de que su hermana no la ayudaba, y él le dijo : « Marta, Marta, muy cuidadosa estás y » en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola es » necesaria : María ha escogido la mejor parte que » no le será quitada. (*S. Luc. X.*) » Quiso en esto el Señor hacer ver que no se debe tener demasiada solitud por las cosas terrenales y si en las que conciernen á la salvacion.

Respondió despues el Señor á los fariseos que le criticaban por haberse sentado á la mesa sin lavarse antes las manos, diciéndoles que ellos se cuida-

ban mucho del aseo exterior y tenían el alma manchada; y que, cuando el corazón está corrompido, la limpieza exterior solo hace al hombre semejante á un sepulcro blanqueado. Echóles en cara su hipocresía y endurecimiento y predijo las persecuciones de que serian víctimas sus discípulos, y las desventuras que por ello y por su muerte recaerian sobre la nacion judáica.

Pocos dias despues anunció á sus Apóstoles la ruina de Jerusalem y del templo, sin quererles revelar la época en que se verificaria, asi como las señales que habian de preceder al juicio final.

« Guardaos, les dijo, que no os engañe alguno, por-
» que vendrán muchos en mi nombre y dirán : yo
» soy el Cristo : y á muchos engañarán. Y tambien
» oireis guerras y rumores de guerras. Mirad que
» no os turbeis; porque conviene que esto suceda;
» mas aun no se el fin. Porque se levautará gente
» contra gente, y reino contra reino, y habrá pesti-
» lencia y hambre, y terremotos por los lugares. Y
» todas estas cosas principios son de dolores. Enton-
» ces os entregarán á tribulacion, y sereis aborreci-
» dos de todas las gentes por causa de mi nombre.
» Y muchos entonces serán escandalizados, y se

» entregarán unos á otros, y se aborrecerán entre
» sí. Y se levantarán muchos falsos profetas, y en-
» gañarán á muchos. Y porque se multiplicará la
» iniquidad, se resfriará la caridad de muchos. Mas
» el que perseverare hasta el fin, este sera salvo. Y
» será predicado este Evangelio del reino por todo
» el mundo, en testimonio á todas las gentes, y en-
» tonces vendrá el fin. Por tanto, cuando viereis
» que la abominacion de la desolacion, que fué dicha
» por el profeta Daniel, está en el lugar santo, el
» que lee, entienda. (S. Mat. XXIV.) » Tales fueron
las señales que predijo y otras muchas que pueden
verse en el capitulo 24 del Evangelio segun San
Mateo.

Hizo luego á sus Apóstoles varias advertencias,
entre ellas la de que no esperaran honra ni alaban-
za de los hombres en el desempeño de su ministe-
rio, pero asegurándoles que Dios seria su recom-
pensa.

No podian los escribas y fariseos sufrir la bon-
dad y mansedumbre con que el Salvador trataba
á toda clase de personas, sin esceptuar á los publi-
canos y pecadores, y para confundirlos, les dijo :
« ¿quién de vosotros es el hombre que tiene cien

» ovejas y, si perdiese una de ellas, no deja las no-
» venta y nueve en el desierto, y va á buscar la que
» se habia perdido, hasta que la halla? Y cuando la
» hallare, la pone sobre sus hombros gozoso, y vol-
» viendo á casa, llama á sus amigos y vecinos, di-
» ciéndoles : dadme el parabien, porque he hallado
» mi oveja, que se habia perdido. Os digo que así
» habrá mas gozo en el cielo sobre un pecador que
» hiciere penitencia, que sobre noventa y nueve
» justos, que no han menester penitencia. ¿O qué
» mujer que tiene diez dracmas, si perdiera una
» dracma, no enciende el candil, y barre la casa, y
» la busca con cuidado hasta hallarla? Y despues
» que la ha hallado, junta sus amigas y vecinas, y
» dice : dadme el parabien porque he hallado la
» dracma que habia perdido. Así os digo, que habrá
» gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador
» que hace penitencia. (S. *Lucas*, XV.) »

Propuso luego el Señor la parábola del mayor domo; declaró en seguida que era necesario que hubiera escándalos, pero que desgraciados de los que fueran causa de ellos. Dió á sus discípulos excelentes consejos acerca del modo de corregir los defectos de sus *hermanos*, y sancionó el perdón

ilimitado de las injurias. Curó á unos leprosos, y á los Saduceos, que negaban la resurreccion y que le preguntaron, pensando confundirle, de qual marido seria al tiempo de la resurreccion la mujer que hubiese tenido siete sucesivamente, les contestó que en la resurreccion no habria ni maridos, ni mujeres, sino que unos y otros serian los ángeles de Dios en el cielo.

CAPITULO VIII

Resurreccion de Lázaro. — Los judíos resuelven la muerte del Salvador. — Este la predice á sus discípulos con todas las circunstancias de su pasion. — Se hospeda en casa del publicano Zaqueo. Condena Judas la devocion de la Magdalena. — Entrada de Jesus en Jerusalem. — Anuncia la conversion de los gentiles á la fé.

Entre todos los milagros que hizo Jesucristo, ninguno fué mas portentoso ni se hizo mas notable entre los Judíos, que el de la resurreccion de Lázaro. Era este un hombre de distincion entre ellos, que vivia en Betania, aldea de la Judea, con sus hermanas María y Marta, discípulos todos tres del Salvador, que amaba á esta familia y se habia hos-

pedado algunas veces en su casa. Habiendo Lázaro caído enfermo, se lo avisaron á Jesus sus hermanos por medio de un propio. Recibida la noticia, contestó el Señor : « que su enfermedad no era de » muerte, sino para que por ella fuese el Hijo de » Dios glorificado. Lázaro, nuestro amigo, duerme, dijo á sus discípulos, mas voy á despertarle del sueño. Y dijeron sus discípulos ; Señor, si duerme, será sano : mas Jesus habia hablado de su muerte y ellos entendieron que decia del dormir del sueño. Entonces Jesus les dijo abiertamente : Lázaro es muerto. Y me huelgo por vosotros de no haber estado alli, para que creais : mas vamos á él... Vino, pues, Jesus y halló que habia ya cuatro dias que estaba en el sepulcro, y Bethania distaba de Jerusalem como unos quince estadios. Y muchos judios habian venido á Marta y á María para consolarla de su hermano. Marta, pues, cuando oyó que venia Jesus, le salió á recibir ; mas María se quedó en casa. Y Marta dijo á Jesus : Señor, si hubieras estado aqui, mi hermano no hubiera muerto ; mas tambien sé ahora que todo lo que pidieres á Dios, te lo otorgará Dios. Jesus le dijo : resucitará tu hermano. Marta

» le dice : bien sé que resucitará en la resurrección en el último día. Jesus le dijo : yo soy la resurrección y la vida : el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá : y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. Crees esto ? Ella le dijo : Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo. Y dicho esto, fué y llamó en secreto á María su hermana y dijo : el Maestro está aquí y te llama. Ella, cuando lo oyó, se levantó luego y fué á él ; porque Jesus aun no habia llegado á la aldea, sino que se estaba en aquel lugar en donde Marta habia salido á recibirle. Los judíos, pues que estaban en la casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se habia levantado apresurada y habia salido, la siguieron diciendo : al sepulcro va á llorar allí. Y María, cuando llegó á donde Jesus estaba, luego que le vió se postró á sus piés y le dice : Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. Jesus, cuando la vió llorando y que tambien lloraban los judíos que habian venido con ella, gimió en su ánimo y se turbó asimismo ; y dijo : ¿En dónde de le pusisteis ? Le dicen : ven, Señor, y lo verás.

» Y lloró Jesus. Y dijeron entonces los judíos : Ved
» como le amaba. Y algunos de ellos dijeron. ¿Pues
» este que abrió los ojos del que nació ciego, no
» pudiera hacer que este no muriese? Mas Jesus
» gimiendo otra vez en si mismo, fué al sepulcro.
» Era una gruta y habian puesto una losa sobre
» ella. Dijo Jesus; quitad la losa. Marta, que era
» hermana del difunto, le dice : Señor; ya hiede
» porque es muerto de cuatro dias. Jesus le dijo :
» ¿No te he dicho, que si creyeres, verás la gloria
» de Dios? Quitaron, pues, la losa y Jesus, alzando
» los ojos á lo alto, dijo : Padre, gracias te doy por-
» que me has oido. Yo bien sabia que siempre me
» oyes; mas por el pueblo que está al rededor lo
» dije, para que crean que tú me has enviado. Y
» habiendo dicho esto, gritó en alta voz, diciendo :
» Lázaro, ven fuera. Y en el mismo punto salió el
» que habia estado muerto, atados los pies y las
» manos con vendas y cubierto el rostro con un su-
» dario. Jesus les dijo : desatadle y dejadle ir. Mu-
» chos pues, de los judíos, que habian venido á
» ver á María y á Marta y vieron lo que hizo Jesus,
» creyeron en él. (*S. Juan, XI.*) »

Este milagro vivo, de que todos podian conven-

cerse por sus propios ojos, no sirvió mas que para acrecentar el furor de los judíos, y especialmente de los escribas y fariseos, que, desde aquel momento, y para que no llegara el caso de que al ver sus prodigios creyeran todos en él, resolvieron perderle.

Era ya cercano el tiempo de la solemnidad de la Pascua, y se puso Jesus en camino para Jerusalem. Los Apóstoles se entristecieron; mas él, queriendo alentarlos, despues de haberles anunciado los pormenores de su pasion, les dijo que resucitara triunfante al tercer dia de haber muerto en la cruz, circunstancia que repararia el escándalo que habria de ocasionarles su muerte. En esta ocasion dijo á los dos hermanos Juan y Santiago que no sabian lo que pedian, al solicitar su madre Salomé que se dignase prometer á sus dos hijos las dos primeras sillas de su reino. Preguntóles si podrian beber el caliz que habia de beber él, y, habiendo ellos contestado que sí, no por presuncion, sino por el amor que le tenian, les anunció que participarian de él. La ambicion de ambos hermanos desagrado á los demas discipulos; pero el Salvador les dijo que el que en su servicio quisiera ser gran-

de, debia ser el criado y servidor de los demás.

Continuando su viage, llegó á Jericó, donde dió vista á dos ciegos. Habia en la ciudad un hombre llamado Zaqueo, príncipe de los publicanos, en cuya casa se hospedó Jesus. Zaqueo, convertido por él, ofreció dar la mitad de sus bienes á los pobres y restituir cuatro tantos mas de aquello en que á alguno hubiese defraudado. « Hoy, dijo Jesus al » oirlo, ha venido la salud á esta casa porque él » tambien es hijo de Abraham; » aludiendo á su regeneracion por la gracia, y á la crítica que los demás habian hecho de él por haber entrado en su casa siendo pecador.

Luego que Jesus llegó á Bethania, fué á parar á casa de Simon el leproso, y durante la cena, María, hermana de Lázaro y de Marta, que servía á la mesa, vertió á los piés de Jesus un bálsamo de escelente nardo y de mucho valor, pues lo hizo con abundancia, derramándolo tambien sobre su cabeza. Judas, que le habia de vender, exclamó : « ¿ á » qué fin este desperdicio? Porque podia esto ven- » derse en mucho precio y darse á los pobres. (*San » Mateo, XXVI.*) » Hablaba asi el traidor porque era ladron, y llevaba la bolsa donde se contenian

las limosnas que recaudaban los Apóstoles para atender á sus necesidades y al socorro de los pobres. Jesus contestó que aquella mujer habia ejecutado una buena obra, que á él no le tendrían siempre, y sí á los pobres, y que aquel bálsamo podia considerarse como una preparacion para su sepultura.

Al otro dia partió Jesus de Bethania, y acercándose á Jerusalem, llegó con sus discípulos á Betfagé y envió á estos, diciéndoles « id á esa aldea que » está enfrente de vosotros, y hallareis una asna » atada á un pollino con ella; desatadla y traed- » melos. Y si alguno os dijere alguna cosa, res- » pondele que el Señor los ha menester, y luego » los dejará. Y esto fué hecho para que se cum- » pliese lo que habia dicho el Profeta, que dice : » Decid á la Hija de Sion : hé aqui tu rey, viene » manso para tí, sentado sobre una asna y un po- » llino, hijo de la que está bajo yugo. Y fueron los » discípulos é hicieron como les habia mandado » Jesus; y trajeron la asna y el pollino, y pusieron » sobre ellos sus vestidos y le hicieron montar en- » cima. Y una gran multitud de pueblo tendió tam- » bien sus ropas por el camino, otros cortaban ra- » mos de árboles, y los tendian por el camino. Y

» las gentes que iban delante y las que iban detrás
» gritaban, diciendo : hosanna al Hijo de David;
» bendito el que viene en nombre del Señor; ho-
» sanna en las alturas. Y cuando entró en Jerusa-
» len se conmovió toda la ciudad, diciendo :
» ¿Quién es este? Y los pueblos decían : este es
» Jesus el Profeta de Nazareth de Galilea. (*S. Ma-*
teo, XXVI.)

Luego que verificó Jesus su entrada triunfal en Jerusalem, no pudo menos de llorar al considerar su futura ruina, que volvió á anunciar, manifestando que no quedaria en ella piedra sobre piedra. Predijo tambien la conversion de los gentiles diciendo, que todas las naciones serian admitidas á conocer el Evangelio, y que para él no habria nunca escepcion de personas.

CAPITULO IX

Resuelven los judfos la muerte del Salvador. — Se ofrece Judas Iscariotes á entregarle por treinta dineros. — Celebra Jesus la cena con sus Apóstoles, les lava los pies á sus discípulos. — Sale el traidor Judas á entregar á su divino maestro. — Ultimas instrucciones que dá á sus discípulos. — Predice á San Pedro que le negará tres veces. — Oracion de Jesus en el huerto. — Prision del Señor.

Hartas sospechas tenian los escribas y fariseos de que Jesucristo era el Mesías verdadero, y, no tanto por envidia, que era en ellos muy grande, cuanto por demostrar al pueblo, si lograban prenderle y hacerle morir, que era solo un impostor, buscaban los medios de llevar á cabo su proyecto. Habién-

dose, pues, juntado con los principales de los sacerdotes en casa de Caifás para aquel intento, decidieron que no se verificase su prision y suplicio, durante la Pascua, no fuera que el pueblo, que tanto le veneraba, y á quien ellos temian, se amotinase. Judas se presentó en el conciliábulo y ofreció entregarle mediante treinta monedas de plata.

El dia siguiente, que era jueves, no entró Jesus por la mañana en Jerusalem, sino que se quedó en el monte de las Olivas, en donde habló á sus Apóstoles de su muerte, les dió saludables instrucciones acerca de la mutua caridad que entre sí debian tener, y *envió á Pedro y á Juan á que le prepararan lo necesario para celebrar la Pascua, diciéndoles :* que fueran á la ciudad, á cuya entrada hallarian un hombre que llevaria un cántaro de agua, al que seguirian hasta la casa en que entrará. « Luego, » añadió, decid al dueño de la casa : ¿ Dónde está » el aposento en el que he de comer la Pascua con » mis discípulos? Y él os mostrará un cenáculo » grande, aderezado ; disponed allí para nosotros. » (S. Marcos, XIV.) » Llegada la hora se puso Jesus á la mesa, y á mitad de la cena quiso dar á sus discípulos una gran leccion de humildad, para des-

vanecer la falsa idea que tenian de la grandeza y dignidades de su reino, y hacerles comprender al mismo tiempo la pureza con que en lo sucesivo deberian llegar al divino Sacramento que no iba á tardar en instituir.

« Sabiendo Jesus, dice el Evangelista, que el Padre le habia dado todas las cosas en las manos, y que de Dios habia salido y á Dios iba, se levanta de la mesa y se quita sus vestiduras, y tomando una tohalla se la ciñó. Echó despues agua en un lebrillo y comenzó á lavar los piés de los discipulos. (S. Juan, XIII.) » San Pedro se resistia, pero habiéndole dicho Jesus que, si no queria que le lavase los piés, no tendria participacion en su reino, consintió en ello, diciendo que le lavara no solo aquellos, sino las manos tambien y la cabeza. Dijole entonces el Salvador : *el que está lavado no necesita sino lavarse los piés*. Y aludiendo á Judas añadió : *Y vosotros limpios estais, mas no todos*. Despues que hubo verificado aquella operacion con cada uno, les dijo : « Vosotros me llamais Maestro » y Señor, y bien decís, porque lo soy; pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los piés, vo-

- » sotros tambien debeis lavar los piés los unos á
- » los otros. (*S. Juan, ibid.*)

Practicada esta leccion de humildad, declaró solemnemente el Salvador, que iba á ser entregado á sus enemigos por uno de los que con él se sentaban á la mesa. Entonces se contristaron los Apóstoles, y cada uno de por sí le preguntó si era él. Judas tambien le hizo igual pregunta, y el Señor le contestó : *tú lo dices*, contestacion que ó no entendieron, ó, por haberla proferido en voz baja, no oyeron los demás.

Terminada la cena, quiso el Señor dar á sus Apóstoles una prueba sensible del amor mas extraordinario que hubo jamás. Era costumbre entre los judíos en la ceremonia de la cena y del cordero pascual, tener bajo los manteles un pan sin levadura, que el padre de familias cortaba en otros tantos pedazos cuantas eran las personas que habia á la mesa, y los distribuia á cada uno segun su graduacion. « Tomó, pues, Jesus el pan, y lo bendijo » y lo partió y lo dió á sus discípulos, diciendo ; to- » mad y comed, este es mi cuerpo. Y tomando el » caliz, dió gracias y se les dió diciendo ; bebed de » esto todos : porque esta es mi sangre del Nuevo

» Testamento, que será derramada por muchos pa-
» ra remision de pecados. (*S. Mateo, XXVI.*) »

Vemos, pues, que Jesucristo ejecuta aqui lo que en otro tiempo habia prometido, dando á comer su propia carne y á beber su sangre misma, no de una manera material, como se imaginaban los de Cafarnaum, sino bajo las especies de pan y de vino.

Habiendo puesto Judas el sello á su maldad con una comunión sacrilega, fué, luego que se levantó de la mesa, á preparar la ejecucion de su designio abominable. En aquellos momentos anunció Jesus el escándalo que habia de ocasionar su pasión y su muerte á sus discípulos, que habian de abandonarle. Habiéndole dicho San Pedro que él no le abandonaria jamás, el Señor le predijo que aquella misma noche, y antes que el gallo cantara, le habia de negar tres veces. Despues dió á entender á todos que convenia el que se ausentase de ellos á fin de enviarles el Espíritu Santo. Exhortóles á guardar todos sus mandamientos y la caridad; les anunció las persecuciones que se levantarían contra ellos, pero que él les daria su gracia para sobrellevarlas con paciencia y alegría. Finalmente, despues de haber hecho una tierna deprecacion á su padre en

favor de sus Apóstoles y de todos los hombres en general, y de haber dicho que el mundo seria siempre su enemigo, y que, siendo vencido el demonio, sustituiria en su lugar al espíritu del mundo para hacer continuamente la guerra á los fieles (segun todo ello puede verse en el capítulo XVIII del Evangelio segun San Juan) pasó Jesus el torrente Cedron, que corria á la falda del monte de las Olivas, y vino con sus discípulos al huerto de Getsamani. Dijo á estos que se quedaran y pasaran orando parte de la noche, eligió á Pedro, Juan y su hermano Santiago, y se internó con ellos en aquella soledad. Apartado entonces de su compañía como un tiro de piedra, empezó á apoderarse de su corazon un temor, un tedio y una tristeza mortales, que participó á sus discípulos diciéndoles : « triste está mi alma hasta la muerte. (*S. Mateo, XXVI.*) » Consideraba la traicion de Judas, la negacion de San Pedro, el escándalo de los Apóstoles, la reprobacion del pueblo judío y la ruina de Jerusalem. Consideraba que iba á entrar en un mar de penas y dolores; se le representaban vivamente todos los pecados de los hombres, y sobre todo la ingratitud de aquel pueblo que habia escogido entre todas las

naciones, y veia que muchos habian de dejar de aprovecharse del fruto de su sangre derramada. En vista de estas consideraciones, fué su tristeza tan profunda, que hubiera acabado con su vida, si el mismo Señor lo hubiera permitido. « Esperad aqui, » añadió, y velad conmigo : y, habiendo andado algunos pasos, se postró sobre su rostro é hizo oracion y dijo : padre mio, si es posible, pase de mi este caliz, mas no como yo quiera, sino como tú. (*San Mateo, ibid.*) » En esto quiso tambien el Señor experimentar las flaquezas de su naturaleza humana al desear no sufrir, si bien su espíritu divino estaba altamente resignado á la voluntad de su padre, que era la suya propia. Por tres veces hizo el Señor la misma oracion, y, habiendo ido á donde estaban sus discípulos, los encontró durmiendo y dijo á Pedro : « no pudiste velar una hora conmigo? » Velad y orad para que no entreis en tentacion. » (*S. Mateo, ibid.*) » San Lucas añade que sudó sangre y que vino un ángel del cielo á confortarle, demostrándonos con esto, que debemos esperar de Dios el socorro de nuestras angustias.

Habiéndose levantado el Señor de orar la última vez, se fué á sus discípulos y les dijo : « dormid ya

» y reposad; ved aquí llegada la hora, y el Hijo del
» hombre será entregado en manos de pecadores;
» levantaos; ved que ha llegado el que me entre-
» gará. (*S. Mateo, ibid.*) » Lejos de retirarse Jesus,
salió al encuentro de la gente perdida, que armada
de palos, armas y linternas y capitaneada por Judas,
había ido á prenderle. Habiales este malvado dicho
á los viles que le seguian, que se apoderasen de
aquel á quien él besara. Acercándose, pues, á él le
dijo : « Maestro, Dios te salve; y le besó. Jesucristo
» se contentó con decirle : amigo, ¿ á qué has ve-
» nido? (*S. Mateo, ibid.*) » « Judas, ¿ con beso en-
» tregas al Hijo del Hombre? (*S. Lucas, XXII.*) »
¡ Cuánta mansedumbre hay en estas palabras! El
Señor quería sin duda por medio de ellas, escitar
el arrepentimiento en el corazon de Jesus, para
ahorrarle el tremendo castigo de su horrible é inau-
dito crimen.

La presencia del Salvador bastó para dejar in-
móviles á sus enemigos, y á la sola respuesta de
« yo soy » cuando manifestaron que á Jesus Naza-
reno buscaban, fué bastante para que retrocedieran
y cayeran en tierra. (*S. Juan, XVIII.*) Aquí dió el
Señor una nueva prueba de su Omnipotencia y de

lo fácil que le hubiera sido el librarse de sus perseguidores; pero estaba decretado que habia de padecer y morir para redimir al mundo. Por eso reprendió á Pedro el haber tratado de oponerse á su prision, haciendo armas contra aquellos, y cortando la oreja á uno de los criados del pontífice llamado Malco, á quien Jesus se la curó instantáneamente. Desde este momento comienza ya la série de improperios, tormentos y dolores que acompañaron al Salvador hasta el momento mismo de espirar sobre la Cruz.

CAPITULO X

Jesucristo en casa de Anás y de Caifás. — Negacion de San Pedro. — Desesperacion y muerte de Judas. — Jesucristo en casa de Pilatos que le declara inocente. — Es enviado á casa de Herodes que lo vuelve á hacer conducir á la de Pilatos, quien, aunque persuadido de su inocencia, le hace cruelmente azotar. — Jesus es condenado á ser crucificado. — Va Jesus al Calvario con la cruz acuestas. — Jesucristo clavado en la cruz, pide á su Padre por sus verdugos. — Las siete palabras que pronunció en la cruz. — Espira en ella el Redentor. — Su sepultura.

Jesus atado como un criminal, fué conducido a casa de Anás, que habia sido sumo sacerdote y era suegro de Caifás, que aquel año ejercia dicho ministerio. Hízole aquel varias preguntas sobre su

doctrina, y acerca de sus discípulos, á las que Jesus contestó diciendo : que su predicacion habia sido harto pública ; que nada habia dicho en secreto, y que podia preguntar no á él, sino á los que le habian oído. Al escuchar estas palabras uno de los ministros que estaban junto á Jesus, le dió una bofetada, diciéndole : « ¿ asi respondes al pontífice ? » Jesus le respondió : si he hablado mal, da testimonio del mal ; y si bien, ¿ por qué me hieres ? » (S. Juan, XVIII.)

Aunque la sentencia de muerte contra el Salvador estaba ya decretada de antemano, para cubrir las fórmulas, presentaron algunos testigos falsos, que aseguraron haberle oído decir que destruiria el templo de Dios, y en tres dias lo reedificaria. Ciertó era que Jesucristo habia dicho estas palabras aludiendo á su muerte y resurreccion gloriosa ; pero, ademas de que habia contradiccion entre los testigos, cuanto de él se decia no era bastante para declararle reo. Viendo á esto el sumo sacerdote que Jesus nada respondia, le dijo : « te conjuro por el » Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo » de Dios. Jesus le dice : tú lo has dicho : y aun os » digo que vereis desde aqui á poco al Hijo del hom-

» bre sentado á la derecha de la virtud de Dios, y
 » venir en las nubes del cielo. (*S. Mateo, XXVI.*)
 » Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus
 » vestiduras y dijo : ha blasfemado : ¿qué necesidad
 » tenemos ya de testigos ? He aquí ahora acabais de
 » oír la blasfemia. ¿Qué os parece ? Y ellos respon-
 » diendo dijeron : reo es de muerte. (*S. Mateo XXV.*)
 Condenado así á la última pena de una manera tan
 injusta é inicua, fué el Señor abandonado á la in-
 solente soldadesca y brutalidad de los criados, que
 ya le daban de bofetadas, ya vendándole los ojos,
 le decían : *adivinanos, Cristo, quién es el que te ha
 herido. (Ibid.)*

Cuando se verificó la prision del Señor, sus dis-
 cípulos todos huyeron, si bien Pedro y otro discípulo,
 que el evangelista San Juan no nombra, aunque se
 cree con fundamento que era él mismo, le seguían
 á lo lejos. El discípulo que acompañaba á Pedro
 era conocido del pontífice penetró con Jesus en el
 átrio de la casa de este, y por su mediacion entró
 en ella Pedro, que se habia quedado fuera á la
 puerta. Los que guardaban al Salvador habian en-
 cendido fuego en el patio del palacio, y Pedro se
 estaba calentando á él. Una criada le acusó de que

era uno de los discípulos de Jesus, lo cual negó él profundamente. Habiendo uno de los soldados conocido por su acento que era de Galilea, le hizo la misma reconvencion; mas él juró que nunca habia conocido á Jesucristo. Finalmente, pasado una hora, y reconvenido Pedro de haber estado con él en el huerto por uno de los criados del pontífice, pariente de aquel á quien Pedro habia cortado la oreja, juró y perjuró que jamás le habia conocido. A este tiempo cantó segunda vez el gallo, y volviéndose el Señor, miró á Pedro, que recordando lo que le habia predicho, se salió fuera y lloró amargamente.

Al dia siguiente al amanecer se celebró nuevo concilio de ancianos del pueblo y principes de los sacerdotes, y conducido á él el Señor en calidad de reo, le preguntaron : « si tú eres el Cristo, dínoslo. » Y les dijo : si os lo dijere, no me creereis, y tambien si os preguntare, no me respondereis, ni me dejareis; mas desde ahora el Hijo del hombre estará sentado á la diestra de la virtud de Dios. Dijeron todos ¿ luego tú eres el Hijo de Dios? É l dijo : vosotros decis que yo lo soy. Y ellos dijeron : ¿ qué necesitamos mas testimonio, pues

» nosotros mismos lo hemos oído de su boca. (*San Lucas, XXII.*) »

Habiendo, pues, pensado en los medios de hacerle morir, resolvieron entregarle á Poncio Pilato, gobernador de Galilea puesto por los Romanos, en atención á que ellos no tenían potestad para quitar á nadie la vida.

Mientras esto sucedia, el traidor Judas, atormentado por los remordimientos, se fué al Templo donde estaban algunos de los sacerdotes y ancianos, ocupados en los asuntos de su ministerio, y les dijo, entregándoles los treinta dineros de plata, precio de su traicion; « he pecado entregando la » sangre inocente. Mas ellos dijeron : ¿qué nos » importa á nosotros? Viéraslo tú. Y arrojando las » monedas de plata en el templo, se retiró y fué, » y se ahorcó con un lazo. Y los príncipes de los » sacerdotes, tomando las monedas de plata, dijeron : no es lícito meterlas en el tesoro, porque » es precio de sangre. Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellos el campo de un » alfarero para sepultura de los extranjeros. Por lo » cual fué llamado aquel campo Haceldama, esto » es, campo de sangre, hasta hoy. » Judas, pues, en

vez de arrepentirse de su delito, cayó en la desesperacion, y de esta en el suicidio.

Conducido Jesus ante Pilatos, preguntó este á los Judíos, ¿por qué motivo habia sido llevado á su presencia? Ellos contestaron, que si no hubiera sido malhechor no se lo habrian entregado, y gritaron que lo crucificara. Dijoles él entences, que lo juzgaran segun sus leyes; mas ellos respondieron, que no les era lícito matar á nadie. No satisfecho Pilatos con las vanas acusaciones que contra él profieren, les preguntó de qué delito particular era reo; á lo que ellos replicaron, que era un sedicioso, que alborotaba el pueblo prohibiendo pagar los tributos al César, y diciendo que era el Mesías prometido por rey de los Judíos. Pilatos conoció por la mansedumbre y modestia de Jesus, que todas aquellas acusaciones eran efecto solo de pura envidia, y en su consecuencia entró dentro de la sala del tribunal é hizo que llevaran ante él al Señor. Verificado asi, le preguntó : « ¿de dónde eres tú? Mas Jesus no le dió respuesta. Y Pilatos le dice : ¿á mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarle, y que tengo poder para soltarte? Respondió Jesus : no tendrias poder alguno sobre mí,

« si no te hubiera sido dado de arriba. Por tanto, el » que á tí me ha entregado, mayor pecado tiene. (S. Juan, XIX.) »

Oidas estas respuestas, colligió de ellas Pilatos que Jesus era inocente y procuraba librarle. Su misma mujer le advirtió que no se mezclara en nada que dijera relacion á Jesus, porque aquella noche se le habian representado en sueños muchas cosas respecto á él. Apesar de todo y de haber oido á Jesus las cosas que habló en su presencia, diciendo que su reino no era de este mundo, y otras que pueden verse en el Evangelio de San Juan, no se atrevió á libertarle. Tenia miedo al pueblo, y se acrecentó mucho mas su temor cuando oyó decir á los Judíos : *si á este sueltas, no eres amigo del César, porque todo aquel que se hace rey, contradice al César.* (S. Juan, *ibid.*) Semejantes palabras intimidaron á Pilatos, y consintió en cometer una atroz injusticia, por no perder su destino y la gracia del emperador Romano.

Uno de los arbitrios de que se valió Pilatos para no cargar sobre sí la responsabilidad de la sentencia contra el Salvador, fué el de enviarle á Hérodes. gobernador en gefe de la Judea, de donde habia

oído decir que era Jesus. Envióle, pues, á su palacio en razon á hallarse entonces en Jerusalem. Alegróse mucho Hérodes de verle, porque habia oído hablar de él y esperaba que hiciera en su presencia algun prodigio. Hizole muchas preguntas; pero, viendo que el Señor á ninguna respondia, puesto que, no por deseo de conocer la verdad, sino por curiosidad intempestiva se las hacia, le creyó imbécil é insensato y, poniéndole una túnica blanca, que era al mismo tiempo símbolo de inocencia, despues de haberle despreciado con su ejército y corte, mandó que lo volviesen á conducir á casa de Pilatos, que, habiendo sido antes su enemigo, hizo con él las amistades.

Convencido cada vez mas este de la inocencia del Señor, llamó á los principales de los judíos y les declaró que no hallaba en él causa alguna que motivara su condenacion. Creyendo tambien que la plebe se mostraria mas generosa, ideó otro medio para salvarle. Era costumbre entre los judíos, en tiempo de Pascua, conceder la libertad al reo que el pueblo pidiese y designara. Preguntóles, pues, á quién querian que soltara, si á Jesus ó á Barrabás, ladron famoso que habia hecho una muerte durante

una sedicion, creyendo que no vacilarian en pedir la soltura de Jesus. Se engañó sin embargo Pilatos, pues el pueblo gritaba que pusiera en libertad á Barrabás, y crucificara á Jesus. Imaginando Pilatos que se aplacaria el furor del populacho si le veía en un estado que le inspirara compasion, lo mandó azotar del modo mas cruel. Castigo inícuo que no debió haber decretado, si, como él decia, era el Salvador inocente. Si el Señor no hubiera prolongado su existencia para morir en la cruz, seguramente hubiera perecido á los golpes de sus verdugos, que pusieron su cuerpo hecho una pura llaga. En estado tan lastimoso, ceñida la cabeza con una corona de espinas que tejieron los soldados, con un cetro de caña colocado en la mano, y un manto viejo de púrpura sobre los hombros, fuè presentado al pueblo por Pilatos, diciéndole : *Ved aquí el hombre!* Como quien dice; moveos á compasion contemplando su estado miserable, y perdonad á un hombre que está ya medio muerto; pero tambien en esta ocasion quedaron burladas sus esperanzas, pues el pueblo clamaba porque le crucificase, amenazándole, como hemos dicho, con la enemistad del Cesar. Convencido ya de que era inútil todo medio

indirecto, pues que le faltaba valor para absolverle resueltamente, usando de su autoridad, entró dentro del tribunal, y habiendo mandado que le trajesen agua, se lavó las manos á vista del pueblo, diciendo que no tenia parte alguna en la muerte de aquel justo; error sin disculpa en un hombre que tenia potestad, como él mismo dijo al Señor, para crucificarle ó soltarle. El pueblo al oirlo exclamó; *caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*. Maldicion fué esta, que aun espia visiblemente el pueblo judío.

Pilatos, pues, entregó á Jesus á los Judíos para que lo crucificaran, despues de haberle visto tan inícuamente azotado y escarnecido con todo género de insultos por los sayones y soldados que le saludaban por burla con el epíteto de *rey de los judíos*. Hiciéronle cargar con la cruz y le llevaron hácia el monte Calvario, situado á algunos pasos fuera de los muros de Jerusalem y llamado Gólgota en hebreo, por los muchos cráneos que en él se encontrabaa de personas que habian sido ajusticiadas.

Luego que salieron con él de la ciudad, viendo los soldados que iba á sucumbir bajo el peso de la

crúz, y que no tenía fuerzas para llevarla por sí solo, alquilaron á un hombre llamado Simon, natural de Cireneo para que le ayudara á conducirla. En el camino, al notar el llanto de las mujeres, á vista del triste espectáculo que se ofrecía á sus ojos, exclamó: « Hijas de Jerusalem! No lloreis sobre » mí, antes llorad sobre vosotras mismas y sobre » vuestros hijos : porque veudrán dias en que dirán; bienaventuradas las estériles y los vientres » que no concibieron, y los pechos que no dieron » de mamar. Entonces comenzarán á decir á los » montes : caed sobre nosotros : y á los collados, » cubridnos. Porque si en el árbol verde hacen esto, » en el seco ¿qué se hará? (S. *Lucas, XXIII.*) »

Para que se cumpliera la profecía de Isaías que anunció seria puesto en el número de los malos y en la misma clase que los facinerosos, condujeron en compañía del Señor dos ladrones, y cuando llegaron todos al pié del Calvario le dieron á beber vino con mirra, pero él no quiso probarla. Desnudáronle de sus vestiduras, que repartieron entre sí los soldados, y, como su túnica era milagrosamente inconsútil, no quisieron romperla, y la sortearon entre los cuatro que se hallaban presentes, para

que se realizara tambien la profecia que anunciaba que habia de verificarse asi. (*David, Salmo XXI.*) Pilatos habia mandado que se pusiera en lo alto de la cruz un rótulo, en el que se leian en griego, hebreo y latin, las siguientes palabras : *Jesus Nazareno, Rey de los judíos.* Estos dijeron á Pilatos que no convenia poner el rótulo de aquel modo, sino que dijo él *ser rey de los judíos*; pero Pilatos no quiso que se mudara nada, y añadió : *lo que he escrito, he escrito.*

Clavado al fin Jesus sobre la cruz, como una víctima sobre el altar, para consumir su sacrificio, exclamó : *Padre, perdónales, porque no saben lo que se hacen.* (*S. Lucas, XXIII.*) En efecto, si su ceguedad no les hubiera impedido reconocer al Señor como á Hijo de Dios, no es posible creer que le hubieran crucificado.

En el estado en que se hallaba el Salvador, debia causar lástima hasta á los corazones mas duros; mas lejos de ser asi, continuó siendo objeto de las burlas y execracion de sus perseguidores. *A otros hizo salvos, decian unos, y á sí mismo no puédese salvar,* (*S. Mateo, XXVII.*) *Confió en Dios,* decian otros; librelo ahora si le ama, pues dijo : « Hijo soy

» de Dios. (*S. Mateo ibid.*) Otros muchos le gritaban :
» ah! el que derribas el templo de Dios y en tres
» dias lo reedificas. Sálvate á tí mismo y descende
» de la cruz. (*S. Marcos, XV.*) » Hasta uno de los
ladrones crucificados con él, le insultaba y le decia.
si tú eres el Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros.
(*San Lucas, XXIII.*)

Sin embargo, en medio de tantos insultos quiso Dios que hasta en aquellos momentos hubiera quien tributase homenaje á su divinidad. El otro de los ladrones, crucificado á la derecha del Salvador, despues de haber reprendido á su compañero por lo que acababa de decir, y de confesar la justicia del castigo que ambos estaban sufriendo, asi como la inocencia del Salvador, se dirigió á Jesus y le dijo: « Señor, acuérdate de mí, cuando vinieres á » tu reino. (*S. Lucas, XXIII.*) » Nada hay tan grande, nada tan sublime como estas palabras del buen ladron. Él no conocia á Jesucristo; no habia presenciado sus portentosos milagros, no habia escuchado de sus labios su divina doctrina, y solo le veia entonces en medio de suplicios, burlado, escarnecido, sin dar mas que señales de debilidad, y sin nada que revelara su naturaleza y omnipotencia

divinas; y sin embargo, cree y, lleno de viva y ardiente fé, le reconoce por Dios y le pide que se acuerde de él cuando vaya á su reino. « En verdad » te digo que hoy serás conmigo en el paraíso. (*San Luc, ibid.*) » Le contestó el Señor en premio de su creencia, obra admirable de la gracia.

La Santísima Virgen tenia demasiada participacion en el sacrificio de su Hijo amado, para no hallarse presente á él. Fuera inútil referir los dolores de tan escelsa Señora durante los tormentos del fruto de sus entrañas : baste decir, que aquellos fueron tales cual la imaginacion del hombre no puede concebir, y que ningun paso dió, ni nada hizo para impedir un sacrificio de cuya necesidad estaba penetrada. Pero quiso hallarse en el Calvario y junto á la cruz del Salvador. De pié al lado de ella, en compañía de S. Juan, discípulo amado del Señor, de María Cleofás y de Maria Magdalena, asistia á la consumacion del holocausto que iba á salvar al mundo. Viendo Jesus á su madre y al discípulo á quien amaba, le dijo á ella; « muger, he » ahí tu hijo : y despues dijo al discípulo : he ahí » tu madre. (*San Juan, XIX.*) »

Queriendo el Señor cumplir todas las profecías,

entre las que se contaba la que consigna David en el Salmo 68, de que sus enemigos le darian á beber vinagre, exclamó : *tengo sed* (S. Juan, *ibid.*) Los judios al oirlo ataron una esponja al rededor de un hisopo, y mojándolo en vinagre se lo acercaron á los labios y, habiéndolo tomado, dijo : *consumado es*. (S. Juan, *ibid.*)

Deseando tambien hacernos comprender cuanto le costaba nuestra salvacion, exclamó : « ¡Dios mio! » ¡Dios mio! ¿Por qué me has desamparado? (San Mateo, XIV.) » Los soldados que estaban al pie de la cruz, como Jesucristo habia pronunciado dichas palabras en siriaco y en hebreo diciendo : *Eli, Eli lamma Sabactani*, entendieron que invocaba á Elias y decian : *á Elias llama este*; y otros añadian : *dejad, veamos si viene Elias á librarlo*. (San Mateo, *ibid.*) Entonces dijo Jesus con voz clara y distinta : *consumado es*, (S. Juan, XIX.); es decir, la justicia divina está completamente satisfecha; ya se han verificado los oráculos de los Profetas; ya se han cumplido las escrituras, ya está perfeccionada la obra de la redencion del mundo; ya están pagadas las deudas todas que los hombres habian contraido con Dios, y solo falta que se apro-

vechen del fruto de mi muerte. Finalmente, el Señor, dando una gran voz, como en prueba de su divinidad y para denotar que estaba en su mano el dejar ó no de vivir, exclamó; « Padre, en tus » manos encomiendo mi espíritu; (*San Mateo, XX.*) » y, dicho esto, espiró.

En aquel momento se rasgó en dos mitades de alto á bajo el velo del templo, tembló la tierra, se hendieron las piedras, se abrieron los sepulcros, muchos cuerpos de santos que habian muerto, resucitaron, y la oscuridad ó eclipse de sol, que se esperimentó en toda la tierra desde la hora de sexta, continuó. Tantos prodigios obrados en el cielo y en la tierra, tantas muestras de dolor, tantos gemidos, por decirlo así, de la naturaleza toda asombrada de ver morir á su Autor, hizo impresion en los espíritus de los que se hallaron presentes á su muerte. El centurion que mandaba á los soldados y todos los que con él estaban, al ver tantos prodigios exclamaron: *verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*, (*San Marcos XV.*) Y todos se volvieron á la ciudad dándose golpes de pecho. Hubo algunas mujeres devotas, entre otras María Magdalena, Maria, madre de Santiago el menor, y Salomé.

mujer del Zebedeo, que se quedaron en el lugar del suplicio para tributarle los últimos obsequios.

Como lo que acabamos de referir habia tenido lugar en la víspera del sábado, y los cuerpos no podian quedar sobre la cruz el día de fiesta, rogaron los judíos á Pilatos que mandase descoyuntar las piernas á los crucificados para acelerar su muerte, lo cual, así mandado, lo ejecutaron los soldados con los dos ladrones; mas, viendo que Jesus ya habia muerto, uno de ellos, llamado Longinos, le abrió el costado con una lanza y al instante salió de él sangre y agua. De este hecho dá testimonio el Evangelista San Juan que lo presenciò, y dice que tambien en esta ocasion se cumplió la profecía que anunciaba, que no quebrantarían uno solo de sus huesos.

Mientras que esto pasaba en el Calvario, José de Arimatea, hombre rico y distinguido entre los judíos y discípulos del Señor, aunque oculto por temor á los primeros, se fué á Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesus. Concedióselo y, ayudado de otro discípulo, tambien oculto, del Señor, bajáronle de la cruz y, habiéndole embalsamado, le envolvieron en una sábana limpia, lo colocaron en un sepulcro

nuevo en que ninguno habia sido sepultado todavía, y lo cubrieron con una gran losa. María Magdalena, y María madre de José, observaron el sitio en que le colocaban con ánimo de volver, pasado el dia de fiesta, para embalsamarlo.

Al dia siguiente de la *Paresceve*, los príncipes de los sacerdotes y los Fariseos acudieron juntos á Pilatos, diciendo : « nos acordamos que dijo aquel » seductor ; despues de tres dias resucitaré. Manda, » pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero » dia ; no sea que vengan sus discípulos y lo hurten » y digan á la plebe : resucitó de entre los muertos ; y será el postrer error peor que el primero. » Pilatos les dijo : guardas teneis, id y guardarlo » como sabeis. Ellos, pues, fueron, y para asegurar el sepulcro, sellaron la piedra y pusieron » guardas. (S. Mateo, XXVII.) » Dios consintió que se tomaran todas estas precauciones para que nunca se pudiera decir que habia sido sustraído el cuerpo de Jesus del sepulcro, para que fuera mas auténtica y portentosa su gloriosa resurreccion.

CAPITULO XI.

Resurreccion triunfante del Señor. — Aparécese á la Magdalena y otras santas mujeres. — Aparécese á los discípulos que iban á Emaus, á San Pedro y todos los discípulos juntos; despues á Santo Tomás.— Pesca milagrosa. — encarga Jesus sus ovejas á San Pedro. — Admirable Ascension del Señor á los cielos. — Conclusion.

Si la resurreccion de Jesucristo no hubiera venido á completar la obra de la redencion, inútiles hubieran sido su pasion y su muerte. Verdad es que la no interrumpida serie de prodigios, que los pueblos habian presenciado, era bastante para que estos creyeran en su divinidad; pero en los últimos.

lias de su vida habia, por decirlo asi, predominado en él la naturaleza humana, y todos habian sido estigos de sus dolores y angustias. Aquella virtud prodigiosa de su palabra que calmaba las tempestades y enfrenaba el furor de los mares, que curaba las dolencias y hacia que los muertos saliesen de sus sepulcros, se hallaba paralizada durante su pasion. Los Escribas y Fariseos, que no estaban tranquilos cuando le hicieron prender, temiendo que por medio de un milagro eludiera sus proyectos, cobraron ánimo, al contemplar en él los efectos de los castigos y de los tormentos. Los judios mismos se asombraban al pie del patibulo de que no pudiese librarse de él el que habia salvado á tantos. Asi que la esperanza de su resurreccion no estaba arraigada en el corazon de sus discípulos. Los principes de los sacerdotes y fariseos no hicieron custodiar el sepulcro por miedo de que resucitara, sino por temor de que aquellos no estragesen de él su cuerpo para hacer creer á la plebe que habia resucitado.

Aunque las santas mujeres habian resuelto ir á tributar á Jesus los últimos obsequios, permanecieron, no obstante, sin hacer nada el dia del sába-

do; pero á cosa de las seis de la tarde, tiempo en que se acababa la fiesta, María Magdalena y sus compañeras fueron á comprar aromas para embalsamar el cuerpo de Jesus. Al amanecer del domingo, se dirigieron al sepulcro, si bien no sabian si podrian hallar quien les levantara la piedra que cerraba su entrada. A este tiempo se sintió un temblor de tierra al rededor del sepulcro : « un ángel » del Señor descendió del cielo y llegando, revolvió » la piedra y se sentó sobre ella. Y su aspecto era » como un relámpago y su vestidura como la nieve. » Y de temor de él se asombraron los guardas y » quedaron como muertos. » Llegan al fin las santas mujeres despues de salido el sol; se admiran de no encontrar guardas, de ver quitada la piedra del sepulcro y abierto el monumento; mas todavía es mayor su asombro cuando notan que el cuerpo de Jesus no está en él. En efecto, al amanecer había ya el Señor resucitado triunfante. La Magdalena, triste y afligida, vuelve corriendo á Jerusalem y anuncia lo que ha visto á los Apóstoles. Las otras mujeres, inmóviles junto al sepulcro, no sabian que partido tomar, cuando hé aquí que ven dos ángeles en figura humana, uno de los cuales les dijo

que no temieran, que Jesus Nazareno á quien buscaban, habia resucitado. « Id, añadió, y decid á sus » discípulos y á Pedro, que va delante de vosotros » á Galilea; alli lo vereis, como os dijo. (*San Mar-*
» *cos XVI.*) » Mas ellas llenas de temor se volvieron á la ciudad y á nadie dijeron nada de lo que habian visto y oido.

Entre tanto anuncia María Magdalena á San Pedro y á San Juan la falta del cuerpo del Señor, y todos juntos llegan al sepulcro : se cercioran de que no está en él, y asi llenos de dolor, aunque sin ocurrírseles la idea de la resurreccion, se vuelven á Jerusalem, mientras que María, anegada en llanto, permanece en el sitio. Entonces dirigiendo la vista al sepulcro ve dos ángeles que la preguntan : « ¿mu- » jer, por qué lloras? Díceles : porque se han lleva- » do de aqui á mi Señor y no sé donde le han pues- » to. Y cuando esto hubo dicho, se volvió á mirar » atrás y vió á Jesus que estaba en pie; mas no sa- » bia que era Jesus : Jesus le dice : ¿mujer, por » qué lloras? ¿á quién buscas? Ella, creyendo que » era el hortelano, le dijo : Señor, si tú lo has lle- » vado de aqui, dime en dónde lo has puesto y yo » lo llevaré. Jesus le dice : ¡María; Vuelta ella, le

» dice : ¡Raboni! (que quiere decir Maestro.) Jesus
» le dice : no me toques, porque aun no he subido á
» mi Padre; mas ve á mis hermanos (sus discípulos)
» y diles : subo á mi Padre y vuestro Padre; á mi
» Dios y vuestro Dios. (*San Juan XX.*) » Entonces
Maria Magdalena se marchó y fué á anunciar á los
Apóstoles lo que habia visto y le habia dicho el
Señor.

Nótese que nada dice el Evangelio de la Santí-
sima Madre del Salvador. Ella tenia bastante fé en
la resurreccion de su Unigénito Hijo para dejar de
ir al sepulcro. Es casi seguro que nadie antes que
ella le veria despues de resucitado; pero su testi-
monio, si hubiera publicado el prodigio de la re-
surreccion, habria parecido sospechoso, y por lo
tanto nada reveló, ni nada dicen sobre esto los
Evangelistas.

Sobresaltada la Sinagoga entera al recibir de
boca de los guardas del sepulcro la noticia de lo
que habia pasado á vista de ellos, les dieron una
gran suma de dinero, diciéndoles : « decid que vi-
» nieron de noche sus discípulos y lo hurtaron mien-
» tras que vosotros estabais durmiendo. Y si lle-
» gare esto á oídos del presidente, nosotros se lo ha-

» remos creer y miraremos por vuestra seguridad.
» Y ellos, tomando el dinero, lo hicieron conforme
» habian sido instruidos; y esta voz que se divulgó
» entre los judios, dura hasta hoy dia. (*San Ma-*
» *teo, XXVIII.*) »

No puede darse mas absurda y ridícula invencion. Querer suponer que todos los guardas, faltando á la disciplina militar, se habian de quedar dormidos; que habia de ser su sueño tan profundo que no sintieran remover la enorme piedra del sepulcro y estraer de él el cuerpo de Jesus; que habian de atreverse unos hombres tímidos, como eran los Apóstoles, á arrostrar el peligro de ser presos y maltratados por los soldados, y que podian dar testimonio de un hecho circunstanciado personas que dormian, es el colmo de la torpeza y de la ceguedad. Asi es que ninguna persona estraña á las intrigas de los judíos, y de aquellos que el Señor queria abandonar hasta el fin, pudo dar crédito á tan visible superchería.

El mismo dia de su resurreccion, dos de los discipulos del Señor, tomaron el camino de Emaus, y yendo conversando acerca de los sucesos de aquellos dias, Jesus se les apareció, y caminando con

ellos les dijo : « ¿qué pláticas son esas que tratais » entre vosotros caminando, y por qué estais triste? » (*S. Luc. XXIV.*) » Ellos se admiraron de que no hubiese noticia de unos sucesos tan públicos como habian sido los padecimientos y muerte del Salvador. Refirierónselos en sustancia, añadiendo todo lo que, segun se decia, habia acontecido en la mañana de aquel dia. Reprendió Jesus su tardía fé, y hallándose cerca del lugar á donde iban, le hicieron quedarse en su compañía, y sentándose con ellos á la mesa, tomó el pan, lo bendijo y, partiéndolo, se lo dió. Reconociéronle al punto y él desapareció de su vista. Entonces se dijeron el uno al otro : « por ventura no ardia nuestro corazon dentro de » nosotros cuando en el camino nos hablaba y nos » esplicaba las escrituras? (*S. Luc. ibid.*) » Dicho esto se volvieron á toda prisa á Jerusalem y hallaron á los Apóstoles juntos y á los que estaban con ellos, que decian : « ha resucitado el Señor verdadera- » mente y se ha aparecido á Simon. Ellos contaban » lo que les habia acontecido en el camino, y cómo » le habian conocido al partir el pan. Y estando » hablando estas cosas, se puso Jesus en medio de » ellos, y les dijo : paz á vosotros, yo soy; no te-

» mais. Mas ellos turbados y espantados pensaban
» que veian algun espíritu. Y les dijo : ¿por qué
» estais turbados y suben pensamientos á vuestros
» corazones? Ved mis manos y mis pies, que yo
» mismo soy ; palpad y ved, que el espíritu no tiene
» carne ni huesos como veis que yo tengo : y dicho
» esto, les mostró los pies y las manos. Mas, como
» aun no lo acabasen de creer y estuviesen mara-
» villados de gozo, les dijo : ¿teneis aqui algo que
» comer? Y ellos le presentaron parte de un pez
» asado y un panal de miel, y habiendo comido de-
» lante de ellos tomó las sobras y se las dió. (*S. Luc.*
» XXIV.) » Todo esto fué necesario para hacerles
ver la certeza de su resurreccion gloriosa. Luego,
pues, que hubo comido, no porque tuviese necesi-
dad de alimento, sino por desvanecer todas sus
dudas y convencerlos de que no era un fantasma,
pues tal le habian creído al verle presentarse en
medio de ellos, estando cerradas las puertas, segun
refiere el Evangelista San Juan, volvió de nuevo à
decirles : « paz á vosotros ; como el Padre me
» envió, asi tambien yo os envio. Y dichas estas
» palabras sopló sobre ellos y les dijo : recibid el
» Espíritu Santo ; á los que perdonareis los pecados,

» perdonados les son, y á los que se los retuviereis
» les son retenidos. (S. Juan, XX.) » De modo que
en esta ocasion, al propio tiempo que instituyó el
Sacramento de la penitencia, les comunicó el Espí-
ritu Santo que despues recibieron sus Apóstoles, y
en ellos la Iglesia toda el dia de Pentecostés.

Santo Tomás Apostol no estaba en compañía de
los otros en el momento en que el Señor se apareció
á todos ellos : asi que, luego que llegaron á verle,
le refirieron lo que habia sucedido ; pero él, lejos
de dar crédito á sus palabras, les dijo : *si no viere
en sus mano la hendidura de los clavos y metiere
mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi
mano en su costado, no lo creeré.* (S. Juan *ibid.*)
Pasados ocho dias, y hallándose juntos todos los
discipulos y cerradas las puertas de la habitacion,
se presentó otra vez Jesus en medio de ellos y di-
jo : « paz á vosotros. Y despues dijo á Tomás : mete
» aquí tu dedo y mira mis manos, y dá acá tu mano,
» métela en mi costado y, no seas incrédulo, sino
» fiel. Respondió Tomás y le dijo : ¡Señor mio y
» Dios mio! Jesus le dijo : porque me has visto,
» Tomás, has creído. Bienaventurados los que no
» vieron y creyeron. » Decia esto el Señor, alu-

diendo á los que despues de su Ascencion habian de creer en él, iluminados por la luz de la fé.

Habiendo mandado el Salvador á sus Apóstoles que volviesen á Galilea, lo hicieron inmediatamente y alli se les apareció en varias ocasiones. Estando un dia jntos San Pedro, Santo Tomás, San Bartolomé, llamado Natanael, los hijos del Zebedeo San Juan y Santiago y otros dos discípulos, les dijo San Pedro que iba á pescar, á lo que contestaron los demás, que ellos tambien le acompañarian. Salieron, pues, y subieron en un barco, pero nada cogieron aquella noche. Al amanecer se presentó Jesus en la ribera; mas ellos no le conocieron. Entonces él les dijo : « Hijos : ¿teneis algo de comer ? » Le respondieron : no. Les dice : echad la red á la » derecha del barco y hallareis. Echaron la red, y » ya no la podian sacar por la muchedumbre de los » peces. » (*S. Juan, ibid.*) San Juan en aquel momento conoció que era el Señor, y advirtiéndoselo á San Pedro, este se echó al mar para salirle al encuentro. Los demás llegaron con la barca á la orilla trayendo la red llena de peces, y sin haberse roto á pesar de contener ciento cincuenta de gran tamaño. Luego que desembarcaron, vieron unas

ascuas y un pez asándose en ellas y un pan. Díjoles Jesus : « Venid, comed; y ninguno de los que comían con él osaba preguntarle : ¿ tú, quién eres? » sabiendo que era el Señor. Llega, pues, Jesus y, » tomando el pan, se lo dá, y tambien del pez. (*San Juan ibid.*) »

Luego que hubieron concluido de comer, dijo Jesus á San Pedro : « Simon, hijo de Juan, ¿ me » amas mas que estos? Respondió, sí Señor, tú sabes que te amo. Le dice, apacienta mis corderos. » Le dice segunda vez : Simon, hijo de Juan, ¿ me » amas? Responde : sí Señor, tú sabes que te amo. » Le dice : apacienta mis corderos. Le dice tercera » vez : Simon, hijo de Juan, ¿ me amas? Pedro se » entristeció porque le habia dicho la tercera vez, » ¿ me amas? y le dijo : Señor, tú sabes todas las » cosas; tú sabes que te amo. Le dijo : apacienta » mis ovejas. (*S. Juan. ibid.*) » Jesucristo pidió á San Pedro tres protestas de su amor, para que reparase sus tres negaciones, siendo de advertir que, escarmentando con lo que antes le habia sucedido, responde con modestia y sin aquella resolucion con que en otro tiempo aseguró que no le negaria. Así que se entristeció cuando el Señor le preguntó si le

amaba, temiendo que tal vez descubriese en su corazón un amor mas remiso que el que él creia tener. En esta ocasion no solo le confirió el Señor potestad sobre los fieles todos, significados por los corderos, sino sobre los mismos pastores, figurados por las ovejas. Dicho esto, predijo el Señor á San Pedro que moriria como él crucificado, y la que acabamos de referir, fué la sétima aparicion pública del Salvador despues de su resurreccion. Manifestóse tambien poco tiempo despues á mas de quinientos discípulos juntos, y San Mateo añade que Jesus dijo á sus Apóstoles : « se me ha dado toda potestad en el » cielo y en la tierra : id, pues, y enseñad á todas » las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, » y del Hijo y del Espíritu Santo : enseñándolas á » observar todas las cosas que os he mandado : y » mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumacion del siglo. (*S. Mateo, XXVIII.*) » Promesa que vino á confirmar las que ya antes les habia hecho, de que no abandonaria nunca á su Iglesia. Aparecióse además Jesus á sus Apóstoles en otras varias ocasiones, en las cuales les enseñó los principales misterios de la religion y los fundamentos de su Iglesia.

Finalmente, diez días antes de la Pentecostés, es decir, á los cuarenta de su resurreccion, habiendo el Señor juntado á sus Apóstoles en Jerusalem, se les apareció por la última vez, y les dijo : « id » por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda » criatura. El que creyere y fuere bautizado, será » salvo; mas el que no creyere, será condenado. Y » estas señales seguirán á los que creyeren : lanza- » rán demonios en mi nombre; hablarán nuevas » lenguas; quitarán serpientes y, si bebieren alguna » cosa mortífera, no les dañará; pondrán las manos » sobre los enfermos y sanarán. (S. Marcos, XVI.) » Despues de haberles prometido el Espíritu Santo les mandó permanecer en Jerusalem pasando el tiempo en oracion, *hasta que fuesen revestidos de la virtud de lo alto.* (S. Lucas *ibid.*) Por último, díjoles que salieran al monte de las Olivas, y luego que subieron á él, los bendijo á todos, y en aquel momento contemplaron como iba elevándose hácia los cielos, hasta que al fin le perdieron de vista.

Tal es en resúmen la narracion del nacimiento, vida, pasion y muerte del Redentor, asi como de su resurreccion triunfante, y de su ascension á los cielos. Otras muchas cosas obró el Salvador durante

el tiempo que permaneció en la tierra para llevar á cabo la obra de la redencion, que si se escribieran, dice el Evangelista San Juan, no cabrian los libros en el mundo.

ADICION.

Terminaremos nuestra tarea con una ligera indicacion de las fiestas que en honor del Redentor se celebran en el Orbe católico.

La Iglesia ha instituido la celebracion del misterio de la Encarnacion del Verbo eterno en el seno de la Santísima Virgen que tiene lugar en 15 de Marzo.

La Natividad del Señor en 25 de Diciembre.

La Circuncision en 1.º de Enero.

La Epifania ó adoracion de los Reyes en 6 del mismo.

Su presentacion en el templo de Jerusalem, cua-

renta dias despues de su nacimiento, ó sea el dia 2 de Febrero.

Su Transfiguracion en 6 de Agosto.

La memoria de su Pasion y Muerte en la última semana de cuaresma, que tiene precisamente que ser en el plenilunio de la luna de Marzo.

La Resurreccion del Señor el domingo siguiente á la Semana Santa, llamado *dia del Señor*

Su Ascension admirable á los cielos á los cuarenta dias despues de su Resurreccion, y diez antes de la venida del Espíritu Santo que recibieron sus Apóstoles y discípulos en figura de lenguas de fuego, segun la promesa que les hizo.

Finalmente, 21 dias despues, celebra la Iglesia, en jueves, dia de su institucion, el augusto misterio de la Eucaristia, con el nombre de festividad del *Corpus*.

Antes de terminar esta historia, vamos á dar cuenta á nuestros piadosísimos lectores, del sitio donde existen las principales reliquias que sirvieron en tan lamentable y Santa tragedia, y los acontecimientos á que dieron lugar su adquisicion durante tantos siglos.

*De los sagrados clavos, de la corona de espinas,
del título de la Cruz, de la esponja que aplicaron
á los labios de Jesucristo en la Cruz.*

Con la Cruz del Salvador del mundo se hallaron tambien los sagrados clavos que habian atravesado sus piés y sus manos : fué fácil distinguirlos de los que habian servido á la crucifixion de los dos ladrones, por quanto á estos los habia comido la herrumbre, y los del Salvador se habian conservado milagrosamente tersos y parecian nuevos. Santa Elena hizo todo el aprecio que debia de una tan preciosa reliquia : envió dos de ellos al emperador Constantino, los que empleó este en el bocado de la brida de su caballo : á lo cual San Gregorio de Turs,

despues de San Ambrosio, de Teodoreto y de otros padres, aplica el versículo 20 del capítulo XIV del profeta Zacarias que dice : en aquel dia será santo y consagrado al Señor lo que sirve de bocado á la brida del caballo. Uno de estos santos clavos se guarda en Carpentrás, ciudad episcopal del condado Venesin, y á esta preciosa reliquia se la hace una fiesta particular en dicha ciudad bajo el título del *Clavo santo*. El otro clavo se ve en Milan en la iglesia mayor, que se llama el Domo de Milan, á donde fué trasladado con mucha solemnidad por San Carlos. El tercer clavo le hizo engastar Santa Elena en la diadema de su hijo Constantino. El cuarto asegura San Ambrosio que fué echado en el mar Adriático por órden de esta princesa, para aplacar una furiosa tempestad que parece iba á tragárselo todo. Dicese que este clavo no se perdió, sino que volvió nadando sobre el agua como en otro tiempo la segur del profeta Eliseo : lo que le hizo mas apreciable y le concilió mas la veneracion de todo el mundo, y se cree es el que se guarda en Paris en la santa capilla ó en la iglesia de San Dionisio. Algun tiempo despues regaló Santa Elena á la iglesia de Roma, llamada Santa Cruz de Jerusalem,

el clavo que habia mandado engastar en el casco ó diadema del emperador; y si se encuentran algunos clavos en otras partes con el nombre de clavos de la Cruz del Salvador, no tiene duda que serán clavos hechos de otro hierro, y con alguna mezcla de limaduras de los verdaderos clavos del Salvador; los cuales, por razon de esta mezcla, no son menos dignos de nuestro culto.

Con todo, y á pesar de lo que dice el autor que copiamos, hablando sobre la autenticidad de los clavos verdaderos del Salvador, España, la siempre católica España, posee una de tan preciosas reliquias. En Madrid, en la real capilla de palacio, se venera uno de los clavos con que fué enclavado el Salvador en la Cruz, el que se da á adorar todos los años el viernes santo; cuya preciosa reliquia, habiendo estado envuelta en las llamas que consumieron todo el palacion el año 1734, se halló acabado el incendio, entera é ilesa. Igualmente se conservan en la catedral de Valencia dos piedras del sepulcro de Jesucristo, las que forman las tapas alta y baja de la arquilla en que se reserva el Sacramento el jueves Santo, el que se mete dentro del mismo cáliz en que consagró el Señor su sangre la noche de la

cena. Este cáliz, que es de una piedra parecida á la ágata, no es tan alto como los que se usan hoy, aunque la copa es mayor. La iglesia de Valencia, fundada en una antigua tradicion, tiene por dádiva de San Lorenzo esta asombrosa reliquia.

La corona de espinas consagrada por estar tocada á la cabeza del Salvador, y bañada en su preciosa sangre, ha sido siempre mirada con mucha razon como una de las preciosas reliquias. Este tesoro fué transportado á Constantinopla verosíblemente por el gran Constantino, que nada olvidaba para enriquecer su nueva ciudad imperial. Esta preciosa reliquia se guardaba aun en Constantinopla en tiempo de los reyes franceses, al principio del siglo trece. Habiéndolos reducido la necesidad de sus negocios á empeñar lo que tenian de mas precioso, para defenderse de los griegos, la santa corona fué empeñada á unos venecianos por sumas considerables que habian prestado. Despues, habiéndosela regalado el emperador de Constantinopla á San Luis, el santo rey la aceptó con mucho gusto : envió á desempeñar la reliquia, la que ya se habia llevado á Venecia; pagó las deudas de Constantinopla, y envió á mas de esto otras sumas de

dinero al emperador. Fué traída á Francia la corona el año 1239; la salió á recibir el rey á cinco leguas de Sens, acompañado del clero y de toda la corte; la ceremonia de la entrega se hizo con una pompa tan magnífica como religiosa; al principio fué colocada en la capilla de San Nicolás, de donde dos años despues fué trasladada á la santa capilla: despues se han distribuido muchas espinas de esta sagrada corona á muchas iglesias, no solo de Francia, sino tambien de otros reinos, gloriándose tambien la España de poseer algunas santas espinas de la sagrada corona. La santa capilla de París se dedicó bajo el título de la *Santa Corona de espinas* el año 1248, y se renueva todos los años la fiesta de la dedicacion á 26 de Abril, como tambien la fiesta de la traslacion que se hizo de Venecia á París en el reinado de San Luis, la cual se celebra todos los años á 11 de agosto. Por lo que mira al título de la Cruz donde estaba escrito: *Jesus Nazareno rey de los Judios*, se asegura que Santa Elena le envió á Roma, y que fué colocado en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalem, en donde se guarda con gran veneracion: de lo cual se infiere que si otras iglesias se glorian de tener otros títulos, no pueden ser sino copias del

original que se encontró en Jerusalem. La esponja que fué aplicada á la boca de Jesus cuando estaba agonizando, ha sido mirada de todos los fieles como uno de los instrumentos de la pasion del Salvador, y en calidad de tal como un objeto digno de la veneracion de los fieles : conservóse por muchos siglos en Jerusalem en la iglesia del Santo sepulcro; pero habiendo sido tomada y saqueada esta ciudad por los persas en el año 614, esta preciosa reliquia fué llevada á Constantinopla el 14 Setiembre del mismo año. Una parte fué despues enviada á Roma y depositada en la iglesia de San Juan de Letran, donde se manifiesta todavia el dia de hoy; la otra parte, habiéndose empeñado á los venecianos con la santa corona, fué traída á París por San Luis, y colocada con las demas reliquias en la santa capilla. La lanza con que abrieron el costado de Jesucristo en la Cruz, despues de su muerte, se guarda en Roma en la iglesia del Vaticano : pero entre todas estas santas reliquias, las que se han mirado siempre como las mas preciosas, son los santos sudarios y las sábanas que sirvieron para envolver el cuerpo de Jesucristo todo el tiempo que estuvo en la sepultura.

De los santos sudarios en que fue envuelto y sepultado el adorable cuerpo de Jesucristo, y primero del de Besanzon.

Todos cuatro evangelistas dicen que el cuerpo adorable de Jesucristo, luego que fué bajado de la Cruz, fué envuelto en unos lienzos muy curiosos y impios. San Marcos dice que José de Arimatea compró para esto una sábana nueva, en la cual fué envuelto este precioso cuerpo antes de ponerle en la sepultura.

El modo de sepultar entre los judíos era tapar la cara con un lienzo que bajaba desde la cabeza á los piés, y despues envolver todo el cuerpo con uno ó muchos paños que se ajustaban con muchas ban-

das : llamábase indiferentemente todos estos lienzos ó paños en que se envolvian los muertos antes de ponerlos en las andas, sudarios ; aunque la palabra sudario significa principalmente el lienzo ó pañuelo que se ponía sobre la cara, como para enjugar el sudor frio que acompaña regularmente á la muerte.

San Juan advierte, que eran muchos los lienzos ó telas en que fue envuelto el cuerpo del Salvador ; y añade, que habiendo ido San Pedro al sepulcro el dia de la resurreccion, vió que estaban allí los lienzos, y que el sudario estaba separado del lienzo que le habian puesto sobre la cabeza, el cual no estaba con los otros lienzos, sino que estaba doblado y puesto en un lugar separado, y esto mismo es lo que vió tambien San Juan en el sepulcro luego que hubo entrado en él. No ha permitido Dios que se hayan perdido estas preciosas reliquias. Todos los santos sudarios en que se imprimió milagrosamente la imágen de la cara y el cuerpo de Jesucristo, se conservan despues de mas de mil ochocientos años tan enteros como cuando los emplearon para envolver el adorable cuerpo del Salvador del mundo : se ve en Besanzon, en Turin, en Salát, en Compiègne y en Talina el santo sudario en que está impresa la

imagen de Jesucristo. No se duda que en las telas en que fué envuelto el sagrado cuerpo de Jesucristo, quedó impresa y grabada milagrosamente su imagen; prueba de ello es el ejemplo de la Verónica; y de esta multitud de telas y lienços que sirvieron para envolver el adorable cuerpo del Salvador, ha nacido la multiplicidad de tantos sudarios que se adoran en casi todo el mundo católico.

Los mas famosos santos sudarios que llevan impresa la imagen del cuerpo de Jesucristo en su tela, son el de Besanzon en el Franco Condado, y el de Turin en el Piamonte : en uno y otro la imagen del Salvador es como de unos cinco pies de largo, lo que hace ver que Jesucristo era de una estatura mas que mediana. El de Besanzon es de una tela muy fina : es de dos paños cosidos con mucha delicadeza; tiene cerca de ocho pies de largo, y por lo menos cinco de ancho. La imagen del adorable cuerpo de Jesucristo está en él impresa al natural, desde los pies hasta la cabeza. Todas las facciones de su cara están señaladas, y todas las señales de su pasion están impresas distintamente : en él se vela llaga del costado, las de los piés y manos, y todas las cicatrices que dejaron en él los azotes : los que hicieron

de todo aquel sagrado cuerpo una sola llaga. Dicen que el color no lo tenia tan vivo, ni tan distintas las facciones como el de Turin; lo que prueba que estaba inmediatamente sobre el cuerpo del Salvador, el cual habiendo sido ungido de las quintas esencias sacadas de muchas aromas para embalsamarlo, era preciso tuviese las facciones menos distintas, y el color menos fuerte. En los dos está el cuerpo tendido todo á lo largo, los brazos tambien tendido y las manos cruzadas (*Chiflet de Lint. Sepulch.*) Uno de los mas sabios escritores del siglo pasado cree y con razon, que el sudario de Besanzon es aquel con que dijo San Juan habia sido cubierta la cabeza de Jesucristo, y que San Pedro y él habian hallado doblado y separado de los otros sudarios ó sábanas en el sepulcro, el dia de la resurreccion de su divino Maestro. La figura de este santo sudario, lo largo de él, que no podia cubrir el adorable cuerpo sino por delante, y el estar impreso y señalado sobre esta sagrada tela el cuerpo de Jesucristo por delante, autorizan esta opinion y hacen creer ser este el verdadero sudario que estaba inmediatamente sobre el adorable cuerpo de Jesucristo, sobre el cual estaba la sábana que envolvía todo el cuerpo por de-

lante y por detrás, ajustada con muchas bandas ó toallas; y tal parece ser el santo sudario de Turin.

Esta preciosa reliquia se guarda con mucho cuidado y veneracion en la célebre iglesia de Besanzon ha mas de quinientos años: no se sabe qué año, ni por quién fué llevada á esta ciudad, mas ilustre todavia por este precioso depósito, que por su antigüedad y otros cien títulos la hacen una de las mas famosas ciudades de las Galias. El incendio que consumió enteramente la iglesia de San Esteban, juntamente con los archivos el año 1349, ha privado á la posteridad de la historia de esta ilustre reliquia; todo lo que se sabe por una antigua tradicion, es que el santo sudario fué traído de la Palestina á Besanzon á fines de siglo XI, ó á principios del si-XII, cuando se acabó la primera cruzada en tiempo de Godofredo de Bullon (*De loc. sanct. cap. 5.*) El venerable Beda, que vivia á fines del siglo VII y á principios del VIII, en el libro que escribió de los Santos Lugares, dice que «el santo sudario que estuvo inmediatamente sobre el cuerpo del Salvador despues de su muerte, cayó en manos de un judío que se habia convertido á la fé por la predicacion de los Apóstoles, atrajo sobre el las mismas bendicio-

nes del cielo, que Obededon habia recibido guardando en su casa el arca del Señor. Todo sucedia prósperamente en su casa desde que habia entrado en ella el santo sudario; y en poco tiempo se vió uno de los mas opulentos de la Palestina. Poco antes de morir, queriendo hacer la particion de sus bienes entre sus hijos, dió á escoger al primogénito, ó todos los bienes raices que poseia, ó el santo sudario, á quien miraba como á la verdadera causa de su fortuna. Escogió desde luego el primogénito todas sus grandes posesiones y riquezas, dejándole al menor el santo sudario por su única herencia; pero por mas desigual que pareciese á los ojos esta herencia, se vió bien pronto que el menor era quien habia ganado mas en la particion; pues todas las grandes riquezas del primogénito se desvanecieron en poco tiempo, siendo mayor cada dia la abundancia en casa de su hermano. Habiendo continuado estas prosperidades muchos siglos de padres á hijos, atrajo muchos envidiosos á esta afortunada familia, hasta que habiéndose apoderado los sarracenos de los Santos Lugares, y noticiosos de la virtud milagrosa de este sagrado depósito, quisieron quitársele á los fieles. Fué llevada la causa al tribunal de Maurias,

rey de los sarracenos, el cual, queriendo terminar todas estas disputas, mandó encender una grande hoguera, y en presencia de una infinidad de infieles y de cristianos hizo arrojar en ella el santo sudario; pero el Señor, que queria conservarnos esta preciosa reliquia, no permitió que pereciera; vióse este sagrado sudario, despues de haber estado algunos instantes en medio del fuego sin quemarse ni padecer la mas pequeña lesion, levantarse de repente hácia arriba; y habiendo estado algun tiempo en el aire á vista de toda aquella gente, fué á ponerse suspenso en las manos de un cristiano, que se hallaba entre la multitud, ái cual se le dejó el rey de los sarracenos. Despues de este milagro estuvo esta preciosa reliquia en una particular devocion y veneracion en todo el Oriente. » Hasta aqui son las propias palabras del venerable Beda; quien, como dice él mismo, habia sabido toda esta historia de boca del obispo Anulfo, el que, habiendo hecho la peregrinacion de la Tierra Santa, se habia encontrado en ella casi al mismo tiempo que sucedió este milagro. Teniendo el sudario de Besanzon los mismos ocho piés de largo que el sudario de que habla el venerable Beda, hay un gran motivo para creer

que el sudario de que habla este hombre sábio, á quien se mira como á un padre de la Iglesia, es el mismo que el de Besanzon. El santo sudario de Turin tiene doce piés de largo, y no se halla otro sudario que el de Besanzon que sea de la misma medida que el sudario de que hablaba el ya citado venerable Beda.

Habiéndose quemado la Iglesia de Besanzon el año de 1349, no se dudó que el santo sudario hubiera sido consumido por las llamas con todo el tesoro de dicha iglesia, hasta que algunos años después advirtió que todas las noches se dejaba ver una luz milagrosa sobre un paraje de las ruinas : se cavó y se halló el santo sudario en la cajita en que se guardaba, sin que hubiese padecido la menor lesión ni por el fuego ni por las ruinas. Sin embargo de ser tan pasmosas todas las circunstancias del milagro, muchos no dejaron de temer que hubiese algun fraude ó engaño en los hechos, y que quizá se hubiese sustituido un nuevo sudario en lugar del verdadero. Se hizo exámen escrupulosamente de la tela por personas inteligentes, y la imágen en él impresa del cuerpo del Salvador por los mas hábiles pintores ; y todos aseguraron que la tela era de

un tejido y de una calidad á que no alcanzaba el arte, y que la pintura no habia tenido parte en esta imágen milagrosa; esto es lo que se sabe por una tradicion respetable por su antigüedad, lo que á mas de esto está confirmado por un manuscrito muy antiguo de la iglesia de Santiago de Reins, el cual, despues de haber ponderado la dicha de la iglesia de Besanzon por estar enriquecida con el santo sudario, añade que esta preciosa reliquia estuvo perdida por algun tiempo; pero que habiendo sido finalmente recobrada, y habiendo reconocido que la imágen del Salvador habia sido impresa en ella milagrosamente, todos se habian convencido que este sagrado sudario era el que habia estado sobre el cuerpo de Jesucristo; lo que fué confirmado, añade el citado manuscrito, con un insigne milagro; pues habiendo sido puesto este santo sudario sobre un difunto que llevaban á enterrar, se le vió resucitar al instante, del mismo modo que aquel cuerpo muerto que echaron en el sepulcro de Eliseo, el cual lo mismo fué tocar los huesos del Profeta, que resucitar y ponerse en pié (*Reg. 4. 13*). Despues de este prodigio ha ido siempre en aumento la veneracion á esta preciosa reliquia: desde entonces se han

visto venir, como se ve aun en el dia de hoy, gentes de todas partes á dar á este sagrado monumento de nuestra redencion, el culto que le es debido; y se puede decir, que esta devocion de los fieles nunca es en vano y sin fruto. Atribúyase, si se quiere, á la fé de los fieles la infinidad de milagros que esta santá reliquia ha obrado hasta aquí; el que subsiste despues de tantos siglos, y que se puede llamar un milagro visible y permanente, es una prueba incontestable de la autenticidad de esta preciosa reliquia : pues aunque la tela es sumamente fina, Y está cogida en una infinidad de pliegues y de repliegues, de suerte que teniendo ocho pies de largo y cinco de ancho, está reducido á muy pequeño bulto; sin embargo, está tan entera y tan nueva despues de tantos siglos, como si acabára de salir de las manos del artífice, al paso que las estofas que la rodean se gastan y se rasgan en fin por sus pliegues y necesitan renovarse despues de algunos años. ¿No se puede decir, que esta visible integridad del sudario de Besanzon, es un milagro permanente, que confunde la mas maligna incredulidad, y que no tiene por donde morderle la crítica mas severa?

Así se ven pocas santas reliquias que se guarden con mas cuidado y que se reverencien con tanta religion. El santo sudario está encerrado en un cofrecito de plata sobredorada; está envuelto en un raso carmesí, y dicho cofre de plata sobredorada está dentro de una cajita de madera, forrada por dentro de una estofa de las mas preciosas; está cerrado con cinco cerraduras, todas diferentes, de las que cinco canónigos guardan cada uno su llave; este sagrado depósito está detrás del altar mayor, que llaman del *Santo Sudario*, en un armario cerrado con tres llaves, que guardan tres distintas personas; á mas de esto, es menester todavia pasar, para llegar á él, por dos puertas, una de las cuales, está forrada con planchas de hierro. Todos estos cuidados y precauciones, despues de tantos siglos, muestran bastante la veneracion que se tiene a esta preciosa reliquia, y la estimacion que se hace de ella: se manifiesta públicamente el santo sudario dos veces al año, con una magnífica solemnidad: en la Pascua le muestra el señor arzobispo, asistido de los canónigos; y el dia de la Ascension hacen esta augusta ceremonia dos señores canónigos al ruido de las campanas, y de la artilleria de la plaza.

El santo sudario de Turin.

Esta preciosa reliquia, que se guarda en Turin con mucha devocion, y que se manifiesta con mas solemnidad, parece ser el paño ó sábana en que el adorable cuerpo de Jesucristo fue envuelto luego que le desclavaron y bajaron de la cruz; el que cogiendo desde los talones y pasando por encima de la cabeza, bajaba hasta los piés, y se llamaba la sábana ó sudario grande; se ve en él la imágen de Jesucristo tendido á lo largo, su sangre impresa y señalada como en el de Besanzon, con las mismas proporciones, la misma postura y las mismas facciones; con la sola diferencia que el de Besanzon no representa sino el cuerpo por delante, y el de Turin representa toda la figura del adorable cuerpo

de Jesucristo, así por delante como por detrás. La tela de este no parece tan fina como la de aquel porque el sudario que envolvía inmediatamente el cuerpo por delante, era siempre mas fino que la sábana que estaba por detrás y que envolvía todo el cuerpo al cual se ajustaba despues con unas bandas ó toallas. Los colores de la imágen impresa en el santo sudario de Turin, son mas vivos, y todas las cicatrices de este adorable cuerpo están mas bien señaladas que en el de Besanzon; la razon de esto es clara: habiendo José de Arimatea obtenido de Pilatos permiso para desenclavar de la cruz el cuerpo de Jesucristo, luego que le hubo bajado, le envolvió en una sábana, dice el Evangelio (*Luc*, 23.): *Depositum involvit sindome*. Como las heridas estaban todavía abiertas todas y la sangre fresca, la señal que este sagrado cuerpo dejó impresa milagrosamente en esta sábana, debió ser mas viva, el color de las llagas y de la sangre mas subido, y las facciones mas finas y mas distintas. Este sudario fué el primero en que el cuerpo de Jesucristo fue envuelto luego que fué bajado de la cruz. Como antes de ponerle en el sepulcro le quisieron embalsamar, segun era costumbre en el

país, luego que le ungieron con quintas esencias de muchos aromas, pusieron sobre el cuerpo un sudario que bajaba solamente desde los piés hasta la cabeza por delante; y despues envolvieron todo el cuerpo en la sábana en que habia sido envuelto al principio, la cual cogia desde los talones hasta los piés, pasando por sobre la cabeza, la cual se ajustó al cuerpo con algunas bandas ó toallas como se ha dicho. En este intervalo, habiéndose enfriado el cuerpo, y helado y cuajado la sangre, las llagas se habian encogido: y esto fué lo que hizo que en el sudario que se puso por delante sobre el cuerpo embalsamado, y que es el de Besanzon, las llagas ó cicatrices aparezcan menos anchas, los colores mas bajos, la sangre pasada y descolorida, y todas las facciones del cuerpo menos finas, menos distintas y mas confusas; pero por lo que toca á la medida del cuerpo y á la actitud de todas las proporciones, se encuentran perfectamente las mismas en los dos sudarios; y por confesion de los mas hábiles pintores que los han examinado escrupulosamente, ni el arte, ni el pincel han tenido parte con las sagradas imágenes de estos dos sudarios, cuya autenticidad ha querido Dios manifestar

obrando por medio de muchos y grandes milagros.

Lo que se sabe de mas cierto tocante á las aventuras, por decirlo asi, del santo sudario de Turin, es que en la decadencia del imperio de los griegos, habiéndose apoderado los principes franceses de Constantinopla, y del imperio de Oriente, esta preciosa reliquia, como otras muchas, fué guardada en aquella ciudad imperial hasta fines del siglo XII ó principios del XIII, en que los emperadores de Constantinopla la regalaron, segun se cree, á los principes de la casa de Lusignan, que poseian el reino de Chipre. Habiendo muerto Juan III ó Juan el postrero, rey de Chipre, el año 1473, dejó los reinos de Chipre, de Jerusalem y de Armenia á Carlota, su hija única, que fué coronada en Nicosia por reina de los tres reinos en 1485; pero poco despues, habiéndose rebelado Jaime, hijo natural de Juan III, usurpó el reino, y ayudado del Soldan Mellec-Ella echó á la reina de todos sus Estados. Esta princesa se retiró á Saboya, donde era duque Carlos, su sobrino; habiendo ido despues á Roma, hizo donacion de sus reinos á dicho Carlos, duque de Saboya, su sobrino, en presencia del papa y de muchos cardenales.

Cuando Carlota se retiró á Saboya, trajo consigo á la princesa de Charni, su parienta, que era depositaria del santo sudario, el que trajo consigo y le conservó como por milagro, dice la historia; porque habiéndola robado su equipaje, en el cual estaba la rica cajita en que estaba encerrada esta preciosa reliquia, queriendo los ladrones partir por medio el santo sudario en la division que hacian del robo, al ir uno de ellos á cortarle, quedó de repente sin movimiento en las manos, y al mismo tiempo se sintió acometido de una enfermedad mortal. Habiéndose apoderado de esta sagrada tela uno de sus compañeros, hizo los mayores esfuerzos para ver si podia borrar la imágen del Salvador, que estaba grabada en ella; pero cuanto mas la lavaba, tanto mas vivos se ponian les colores y la figura. Tantas maravillas les abrieron los ojos á los ladrones, los que, habiéndose convertido, restituyeron en fin la reliquia. Se asegura que el duque y la duquesa, despues de muchos ruegos, obtuvieron en fin un tan precioso don, el que depositaron en la iglesia de Chamberí, capital de Saboya, la que el papa Paulo II erigió en colegial en atencion á esta sagrada reliquia : esta es la primera opinion

por lo tocante á la deposicion del santo sudario en la capilla de Saboya.

Algunos escritores mas modernos citan unas actas mas antiguas, las que aseguran que estando este precioso depósito en poder de Geofredo de Charni, caballero de Borgoña y gobernador de Picardía, fué dado á la iglesia colegial de Liré, aldea de Champaña, á tres leguas de Troyes, por dicho Geofredo, que era Señor del lugar, y habia ofrecido edificar dicha iglesia en cumplimiento de un voto que habia hecho por su libertad, habiéndole tenido prisionero los ingleses. Los canónigos que habia fundado, espusieron á la pública veneracion el santo sudario; y bien presto vieron venir infinidad de gentes de todas partes á adorar este precioso depósito. El obispo de Troyes, Henrico de Poitiers, en cuya diócesi estaba la iglesia de Liré, indignado de que se hubiese espuesto á la veneracion pública el santo sudario sin su aprobacion, y sin su permiso, les prohibió á los canónigos el que espusieran en adelante públicamente la reliquia. Fué, pues, llevada fuera de la diócesi, donde quedó en depósito y encerrada casi veinte y cuatro años. El jóven Geofredo de Charni, hijo del fundador, halló medio pa-

ra hacerla volver á su iglesia de Liré, donde se conservó religiosamente hasta el año 1418. Habiendo sido asoladas la Champaña y el ducado de Borgoña por la guerra en tiempo de Juan el Intrépido, duque de Borgoña, los canónigos de Liré pusieron en depósito el santo sudario con otras reliquias en poder de Humberto, conde de la Roca, señor de Villas-Seysel, casado con Margarita de Charni, nieta y heredera de su fundador. Esta reliquia, con otras muchas, fué guardada en el castillo de San Hipólito, en el Franco-Condado, del que era señor el conde Humberto, el cual les dió una acta del reconocimiento de ella. Despues de su muerte, Margarita fué obligada, por sentencia del parlamento de Dola en el Franco-Condado, á restituir el depósito de Liré. En efecto, les volvió á los canónigos de Liré todas las reliquias y vasos sagrados; pero jamás quiso volverles el santo sudario, el cual le miraba como un tesoro hereditario en su familia, por haber sido de su abuelo Geofredo, quien le habia traído de la Palestina durante la guerra de las Cruzadas, y se le habia dado á ella. Viéndose Margarita de Charni inquieta por los canónigos de Liré, que repetian sin cesar se les diese el santo sudario,

se retiró á Chamberí, corte de Saboya, y regaló esta preciosa reliquia á la duquesa de Saboya, Ana de Chipre Lusñan, su parienta, por un acto de donacion hecho en 22 de Marzo del año de 1452. Desde el año siguiente el duque de Saboya Luis II hizo acuñar medallas, puesto en el reverso el santo sudario sostenido por una mujer arrodillada, con esta inscripcion : SANCTA SINDON D. N. JESU XPI : que quiere decir : *El santo sudario de Nuestro Señor Jesucristo*. Habiendo sucedido el Beato Amadeo, duque de Saboya, á Luis su padre el año de 1456, hizo edificar una capilla magnífica en la plaza del castillo de Chamberí, en el que hizo depositar el santo sudario, la que el papa Paulo II erigió en iglesia colegial el año 1467, y en el de 1480 el papa Sixto IV quiso se llamase la capilla del Santo Sudario. El papa Julio II estableció una famosa cofradia llamada del Santo Sudario, por una bula, su data en Bolonia á 6 de Enero de 1536, en la cual dice su Santidad que se ve en este santo sudario la imagen y la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo : *Imaginem, et verum sanguinem Domini nostri Jesu Christi*. Y el mismo soberano pontifice, por otra bula de 9 de Mayo del mismo año, fija la

fiesta particular del Santo Sudario al dia 4 de Mayo y concede muchas indulgencias, no solo á todos los cofrades, sino tambien á todos los fieles que visiten la santa capilla en ciertos dias. Los papa Leon X y Clemente VII confirmaron despues todas estas gracias, y nada olvidaron para escitar la devocion de los fieles para con esta santa reliquia, que debe ser mirada como uno de los mas preciosos tesoros del mundo cristiano.

El santo sudario fué transportado despues á Verceli con motivo de las guerras; despues á Niza, de donde fué vuelto otra vez á Verceli; hasta que al cabo de 25 años, poco mas ó menos, fué vuelto á Chamberí el año 1562, y colocado en su santa capilla, en donde permaneci6 hasta el año de 1578. Sabiendo el duque Manuel Filiberto que San Carlos Borromeo, arzobispo de Milan, habia resuelto ir en peregrinacion á Chamberí á adorar el santo sudario, quiso ahorrarle el trabajo de un tan largo y tan penoso viaje, haciendo llevar el santo sudario á Turin, en donde desde entonces se guarda con mucha veneracion en la iglesia metropolitana.

Por mas oscura, y tal vez poco cierta que pueda ser la verdadera época en que se trajo esta santa

reliquia al Franco-Condado y á los Estados del duque de Saboya, no puede dejar de escandalizar á los fieles la licenciosa critica de algunos escritores, que por no sé qué genio fastidioso, siempre poco favorables á las mas santas reliquias, parece no ponen su estudio sino en ver cómo han de destruir, ó á lo menos entibiar la devocion de los pueblos, para con este sagrado depósito, contra el testimonio de la mas venerable tradicion, y á vista de la autenticidad de los milagros de que parece servirse Dios todos los dias para confirmar la devocion de los pueblos, y su piadosa credulidad ; sin embargo de ver la piedad de los mas ilustres personajes, distinguidos por su mérito y por su santidad ; á pesar en fin de la opinion tan sábia de los mayores y mas eruditos prelados, y hasta de los soberanos Pontífices por lo que mira á esta insigne reliquia.

El evangelista San Juan finaliza la historia de la vida de Jesucristo, diciéndonos que el Salvador hizo otros muchos prodigios á mas de los que estan escritos (*Joann.* 21.) « Hizo Jesus, dice el Evangelista, » otras muchas cosas, las cuales si quisiera yo re- » ferirlas en particular, pienso que en todo el mun- » do no podrian caber los libros que seria menester

» escribir para ello. » Con esta espresion quiere significar el Evangelista, que no era posible referir por menor todas las acciones, milagros y palabras de Jesucristo. Sin embargo, las que refirió en su Evangelio pueden bastar para convencer á todo espíritu en quien haya quedado la menor vislumbre de juicio y el menor rayo de razon; y para hacer sentir á los ingenios mas limitados, á los entendimientos mas oscuros y los hombres mas broncos y mas salvajes, aquel carácter de sabiduría infinita, de santidad sin mezcla y de omnipotencia que resplandece en todo la vida de Jesucristo y hace su verdadero retrato. No hay rasgo que no demuestre invenciblemente su divinidad aun á los mas incrédulos por mas libertinos que sean. En efecto. ¿quién no ve claramente, por solo los hechos incontestables, que Jesucristo vino al mundo precisamente en el tiempo señalado por los profetas, y con todas las circunstancias que debian caracterizar, por decirlo asi, el nacimiento del Mesias, y la famosa época de su venida? Todo el Antiguo Testamento está lleno de figuras proféticas de este divino libertador: Manifiéstese una sola que Jesucristo no haya cumplido: ¿qué rasgo de su vida, de su pasion y de

su muerte no es la pintura que los profetas habian hecho de él mas de mil años antes? Él mismo dijo positivamente que era Hijo de Dios, que era el Mesias prometido, y lo aprobó y demostró; ¿pero cuántos milagros? ¿Y no subiste todavía el mas estu- pendo, el mas persuasivo de todos estos milagros, segun el sentir de todos los Santos Padres? ¿No lo vemos con nuestros propios ojos en la abolicion, en la ruina total del paganismo, despues del naci- miento de Jesucristo, y en el milagroso estableci- miento del Cristianismo por todo el universo, sobre las ruinas de la idolatria? (1 *Joann.* 3.) ¿La vic- toria que la fé ha conseguido en todo el mundo, purgándole de todas las supersticiones paganas, es un milagro visible y permanente?

Es preciso confesar que la omnipotencia y la di- vinidad de Jesucristo se manifiestan de una manera sensible en la conversion de todo el universo. Esta es una de aquellas verdades palpables del primer orden, tan evidente, que hasta los sentidos, por de- cirlo asi, se ven precisados á servir á su infalibili- dad. El desarreglo de las costumbres puede llegar á oscurecer esta evidencia; pero para ello ha de de- bilitar antes, ha de apagar las luces mas comunes

de la razon: ningun hombre, como no haya perdido enteramente la razon, como le haya quedado la menor tintura de nuestra religion, dejará de esclamar con Marta (*Joann.* 11.) *Si Señor: vos sois Cristo, Hijo de Dios vivo*, y se puede decir que la falta de fé sobre este articulo, nace mas bien de la corrupcion del corazon que de la flaqueza y debilidad del espíritu de los hombres.

Toda la vida de Jesucristo no es otra cosa que un tejido de milagros tan estraordinarios y tan estupendos, que su divinidad se hace sensible en todo cuanto obra: y cuando se vé la docilidad con que toda la naturaleza obedece á su voluntad y á sus órdenes, no se puede dejar de confesar con el Centurion, que *este hombre era verdaderamente Hijo de Dios* (*Matth.* 27). Estas maravillas no han cesado por haberse ausentado de la tierra, en cuanto á su presencia visible: todavia tenemos á la vista milagros mas decisivos y mas estupendos que los que convirtieron en otro tiempo á tantos pueblos; estos milagros son el milagroso establecimiento del Cristianismo en toda la tierra, la total destruccion del imperio del demonio en todo el universo.

Cesan los oráculos desde el nacimiento de Jesucristo.

Nadie ignora el furor con que la idolatria se había derramado como un torrente, y había inundado casi todas las naciones desde la primera edad del mundo, y la autoridad con que reinaba en todas partes. Solo un pequeño rincón del mundo conservaba el conocimiento del verdadero Dios (*Psalm. 25 :*) y aun entre los mismos judíos, ¿cuán pocos verdaderos fieles se hallaban? El paganismo no era solamente la religion dominante ; era, hablando en propiedad, la única religion que había, escepto entre los judíos. El demonio erguido con la victoria que había alcanzado del primer hombre, tenía en-

tre sus cadenas á todos sus descendientes; dueño de los corazones por la disolucion, lo era tambien de los espíritus por sus prestigios y encantos. Habiendo el orgullo precipitado al primer ángel de los infiernos por haber querido hacerse semejante al Altísimo, tuvo atrevimiento para usurpar sobre la tierra el culto que se le debia á Dios únicamente. Habia casi cuatro mil años que las potestades de las tinieblas reinaban en todas partes con imperio, no solo como tiranos, sino como dioses ¿Qué de templos soberbios edificados á estas falsas divinidades? ¿Qué de altares ensangrentados con una infinidad de víctimas las mas sacrílegas? Solo Dios podia destruir el imperio de este fuerte armado; y para conseguirlo, ¿qué de milagros no era necesario hacer? Hizolos Jesucristo, pero puede decirse que entre todos los milagros que sirvieron para establecer el Cristianismo sobre las ruinas de la idolatría, no ha habido ninguno mas estupendo que este mismo establecimiento; ninguno que pame mas é los paganos que la impotencia de sus pretendidas divinidades y el silencio de sus oráculos. Como no habia en su falsa religion cosa mas maravillosa, ni al parecer mas divina que los oráculos, ni

cosa mas magnífica ni mas famosa que los templos en que estaban establecidos ; como no habia asimismo cosa que diese mas golpe que las predicciones de los falsos profetas, los cuales les parecia ser inspirados por sus falsas divinidades, nada les causó mas admiracion que el ver empezar á enmudecer estos oráculos en el nacimiento de Jesucristo, y que conforme este divino Salvador era conocido y adorado en el mundo, cesaban todas estas pretendidas maravillas ; y los demonios, á quienes hasta entonces habian adorado como dioses, eran arrojados de los templos en que obraban sus encantos, sin mas que invocar el nombre de Jesucristo. Desde que Jesucristo se dejó ver en el mundo, empezó á correr á su destruccion el imperio del príncipe de las tinieblas. Es confesion esta del mayor enemigo que tuvo jamás el Cristianismo ; de Porfirio digo : « Esculapio no cura á nadie, » dice este filósofo, « desde que se empezó á adorar á Cristo. »

Tal fue en los primeros siglos la ventaja que los defensores de la Religion Cristiana sacaron del silencio milagroso de los oráculos, para demostrar la divinidad de Jesucristo, y confundir los prestigios y encantos de la idolatría.

En otro tiempo, dice San Atanasio, los oráculos de Delfos, de Dódoma, de la Beocia, de la Liria y del Egipto estaban llenos de las imposturas de la magia : la Pitia era admirada de todo el mundo ; pero despues que Jesucristo es anunciado, en todas partes ha cesado este furor, y ya no se ven semejantes adivinos. En otro tiempo los demonios, hechos dueños de las fuentes, de los rios, de los ídolos de madera y de piedra, engañaban á los hombres con sus encantos : pero al presente, despues que el Hijo de Dios se ha dejado ver, han cesado, porque para hacerlos desaparecer no es necesario mas que hacer la señal de la cruz.

Respondiendo San Cirilo á Juliano apóstata, que confesaba haber cesado los oráculos, dice : « Alabo su sinceridad en confesar haber cesado enteramente la inspiracion diabólica, de que estaban animados sus falsos profetas, sin embargo, ignora la verdadera causa que ha hecho cesar asi la mentira, y que ha reducido al silencio los oráculos de sus falsas divinidades. Sepa, pues, que despues que el mundo ha sido alumbrado con las luces de Jesucristo, el imperio de los demonios ha sido destruido : todas sus ilusiones, al modo que los embaucamientos de

los niños, han sido disipadas, y los espíritus impuros y malignos han sido encerrados en los infiernos. »

« Antes que Jesucristo se hubiese dejado ver sobre la tierra, continúa el mismo padre, el demonio ejercía en ella una **universal tiranía**; todos los hombres estaban sumergidos en las mas profundas tinieblas; pero despues que la verdadera luz, esto es, el Hijo único de Dios hubo alumbrado toda la tierra con los oráculos de su Evangelio; despues que las tinieblas del pecado han sido disipadas; despues que todos los hombres habian estado en el error hasta entonces: han sido llamados al **conocimiento** de la verdad, han desaparecido todas las ilusiones de los falsos profetas, las pretendidas maravillas y las predicciones de la falsa adivinacion han sido **aniquiladas**: los oráculos de los **gentiles** han cesado en todas partes; y aquellos dioses que acostumbraban vender á buen precio sus mentiras, han sido reducidos al silencio. »

« Antes de la **venida de Jesucristo**, dice Teodoro, los demonios engañaban á los hombres de mil maneras; pero despues que la luz de la verdad se ha dejado ver, han echado á correr y han abandonado sus oráculos. Viendo los demonios **predicada y**

anunciada la verdad en todas partes, han desaparecido y huido como unos infelices fugitivos que se conocen reos de muchos delitos, y que saben que no puede tardar en venir su soberano Señor: han dejado variar sus antiguas habitaciones, de modo, que al presente la fuente de Castalia guarda un silencio tan profundo como la Colofona, como las vasijas de Dódoma ó la Tripode de Delfos. Finalmente, desde que el Hijo de Dios encarnó, los oráculos de Delfos y Dódoma, de Amon y de todos los otros falsos profetas, han perdido el habla. El capitolio gime al ver que los príncipes romanos se han hecho cristianos, y que por su orden han sido arruinados los templos de los ídolos. Los emperadores se postran ya delante de los altares de Jesucristo y adoran el estandarte de la cruz. »

La divinidad de Jesucristo reconocida por los mismos paganos.

La divinidad de Jesucristo es tan visible, que ha sido reconocida y publicada por aquellos mismos que tenían mas interés en negarla, y que hallaban mas dificultad en creerla. Josefo, que vivia hácia el año 70 de Jesucristo, es el personaje mas sábio que han tenido jamás los judíos; y ved aqui lo que este escritor, tan celoso y tan adicto al judaismo, dice de nuestro Señor Jesucristo en su historia : « En este tiempo, dice, pareció Jesus, hombre sábio, si acaso puede llamarse solamente hombre, porque era poderoso en prodigios, y maestro de los que amaban la virtud. Atrajo á su doctrina muchos de entre los udíos, y no pocos gentiles. Era este hombre el Cris-

to, sin embargo del suplicio de la cruz á que Pilatos le condenó sobre las acusaciones y deposiciones de los principales de la nacion, sus primeros discipulos no dejaron de permanecerle fieles. Aparecióseles vivo tres dias despues de su muerte, segun lo habian predicho los profetas con otros prodigios de su vida; y hasta hoy sus discipulos han continuado en subsistir bajo el nombre de cristianos que toman de él. » Los talmudistas, esto es, los que siguen ciegamente las opiniones del Talmud, que es un libro en que los judíos han recogido todo lo que mira á la esplicacion de la ley: los talmudistas, digo, enemigos los mas furiosos y mas desencadenados de los cristianos, no han podido dejar de confesar los milagros de Jesucristo. Su despecho contra nosotros en su mayor furor, nada ha podido contra la notoriedad de estos hechos, y se han visto precisados á confesar, que el Dios de los cristianos habia pasmado la tierra con sus prodigios.

Hasta los emperadores romanos tan furiosamente declarados contra los cristianos, cuyo nombre se habian propuesto borrar y acabar con su memoria, conocieron que habia algo de divino en Jesucristo.

Tiberio, informado por el mismo Pilatos de los

prodigios que hizo Jesucristo en la Siria, y de todas las maravillas que sucedieron en su muerte, y tres dias despues de su muerte, resucitando, como lo habia predicho, lo que estaba atestiguado por una infinidad de personas, y demostrado con unas pruebas incontestables. Tiberio, digo, pidió al Senado que Jesucristo fuese colocado entre las otras divinidades del imperio. Tal era entonces la costumbre de los romanos; divinizaban á los hombres en que brillaban señales extraordinarias de virtud y de poder. Ninguno habia mostrado jamás tantas como Jesucristo: las relaciones que se enviaban á montones de la Judea á Roma, anunciaban cada dia la infinidad de milagros que habia hecho. Rehusó el Senado, dice Eusebio, ejecutar lo que pedia el emperador, porque no queria ser prevenido de nadie en sus decisiones; ó mas bien porque el mismo Jesucristo no quiso permitir que su nombre se viese mezclado con el de aquellas divinidades paganas. Lo cierto es que Tiberio propuso que se le hiciera á Jesucristo los honores supremos: lo que prueba, dice Tertuliano, cuán incontestables son los milagros que hizo Jesucristo, y la impresion que hacian hasta en el espíritu de los paganos.

Lampridio es garante de la veneracion profunda en que tenia á Jesucristo el emperador Adriano. Este príncipe intentó erigirle altares, y ponerle en el número de sus dioses : hizo edificar templos en todas las ciudades, sin poner en ellos ningun idolo, dice el historiador; y si el proyecto se quedó sin ejecutar, fué, añade Lampridio, porque consultados los oráculos, respondieron que si se ejecutaba este designio, todos los antiguos dioses quedarian mudos, y toda la tierra se haria cristiana antes de mucho tiempo. Todos estos hechos son positivos. El emperador Alejandro Severo, embelesado de todo lo que habia oido decir de Jesucristo, le colocó en un oratorio doméstico, dice Lampridio; y estaba tan encantado de su doctrina, que hizo publicar por un rey de armas ciertas máximas del Evangelio, y las hizo grabar en las obras públicas, y hasta en su gabinete y en su alcoba; queriendo que hasta en su palacio se las pusiera á toda hora delante de los ojos. Y si no obstante la estimacion y veneracion que profesaban á Jesucristo estos príncipes, hubo mártires durante su reinado, esto era efecto de la preocupacion supersticiosa de sus pueblos, y de la impía crueldad de los comandantes de provincia.

la mayor parte verdaderos tiranos, como tambien del odio furioso que todo el infierno tenia al Cristianismo. Asi pensaba de Jesucristo el paganismo, no obstante su preocupacion á la tenaz adhesion á sus dioses; y si vamos á registrar las historias mas antiguas y mas célebres de los paganos, apenas hallaremos historiador que no haya recibido con admiracion algunos sucesos milagrosos de Jesucristo.

Calcidio refiere por estenso el fenómeno que apareció de los Magos en el Oriente. Flegon, liberto de Adriano, cuenta como un prodigio inaudito el eclipse de sol que sucedió en la muerte de Jesucristo de que hablan los Evangetistas. Tálo hizo la misma observacion; Macrobio atestigua la verdad de la matanza de los niños inocentes inmolados por Herodes en el nacimiento del Salvador, sin haber perdonado ni aun á su propio hijo; lo que hizo decir, segun refiere este historiador, que valía mas ser puerco, que hijo de Herodes. Finalmente, Porfirio, enemigo acérrimo del Cristianismo, conviene en que Jesucristo habia espelido los demonios, abolido su imperio, y hecho vano el poder de los dioses de la gentilidad por sola la virtud de su nombre. Hasta el mismo infierno se ha visto precisado, á pesar de

su r bia contra Jesucristo,   dar testimonio de su divinidad y de su omnipotencia. Se ha visto en la historia de la vida de este divino Salvador, cuantas veces los  emonios, forzados por su virtud á salir de los cuerpos, han confesado que era el Mesías, que era Cristo, que era el Hijo de Dios, quejándose amargamente de él porque había venido á destruir su imperio.

En el capítulo XIX de los Hechos de los Apóstoles leemos, que estando San Pablo en Efeso bautizó algunos discípulos que solo habían recibido el bautismo de Juan; y que hab  ndoles impuesto las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo, de suerte que recibieron con él el don de lenguas, y el de profecías. Por aquel mismo tiempo algunos exorcistas judíos, que corrian el país, viendo los milagros que hacía San Pablo todos los días en nombre del Señor, pasaron   invocar también ellos el nombre de nuestro Señor Jesucristo sobre los que estaban poseidos de los espíritus malignos, diciendo : os conjuro por el Jesus que predica Pablo, que salgais de este cuerpo. Los que hacían esto eran los siete hijos de Esceva, judío, príncipe de los sacerdotes. Pero el maligno espíritu les dió esta respuesta : co-

nozco á Jesus, y sé quién es Pablo; ¿pero quiénes sois vosotros? Dicho esto, el hombre que estaba poseído de un demonio muy malo, se tiró á ellos, y habiéndoles dado muchos golpes, se metió dentro de sus cuerpos. El caso fué notorio á todos los judíos y gentiles que vivían en Efeso, añade el sagrado historiador; no hubo quien no se espantase de un caso tan terrible; pero al mismo tiempo sirvió para que todos ensalzaran el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Después de esto, ¿quién se atreverá á poner en duda la divinidad de un Señor á quien el mismo infierno se ve precisado á respetar como á dueño absoluto de cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos? Jesus es aquel Señor á cuyo nombre doblan las rodillas todas las criaturas; es el Hijo de Dios, el cual está sentado en la gloria á la diestra del Padre, á donde fué á prevenirnos un puesto, con tal que sigamos las huellas y guardemos sus leyes. El estar sentado Jesus en el cielo á la diestra de Dios, denota su igualdad con el Padre. Conserva todavía alit en sus manos, piés y costado las cicatrices sagradas, monumentos eternos del amor que nos tiene, y de lo que padeció por

nosotros; lenguas siempre vivas, dice San Bernardo, que sin cesar imploran la misericordia de Dios sobre nosotros (*Tim.* 2.) En la mansion de su gloria, dice San Pablo, ruega continuamente por nosotros, y nos sirve de abogado para defender nuestra causa, delante de su Padre, y de único mediador entre Dios y los hombres. (*Heb.* 7.) Jesucristo, Hombre, se dió él mismo para ser el precio de la redencion de todos los hombres. Es, finalmente, este Señor nuestro Pontífice, siempre vivo para interceder por nosotros. A la verdad era conveniente que tuviésemos un pontífice como este, santo, inocente, sin mancha, apartado de todo comercio con los pecadores, colocado sobre los mismos cielos, que no tienen necesidades cada dia, como los de nós pontífices, de ofrecer víctimas, primero por sus pecados, y despues por los del pueblo; y así no las ha ofrecido sino una vez, que fué cuando se ofreció á sí mismo. Aquellos á quienes la ley hace pontífices son hombres sujetos á enfermedades; pero Jesucristo es sacerdote eterno, segun el orden de Melquisedec, siempre perfecto é incapaz de caer en pecado. A mas de esto, los sacerdotes han sido muchos, por razon de que la muerte les impedia

subsistir siempre; pero este, como subsiste para siempre, tiene un sacerdocio eterno; y de aquí nace, que siempre está en estado de salvar á los que por él se encaminan á Dios.

(*Heb. 10.*) Por esta razon, hermanos mios, continúa el mismo apóstol, pudiendo entrar con seguridad en el santuario por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo que conduce á la vida, y que él nos abrió por medio del velo, que es su carne; teniendo tambien en él un Pontífice que gobierna la casa de Dios, lleguémonos á él con un corazon sincero, y con una fé perfecta, Jesucristo ha muerto, resucitado, está á la diestra de Dios, y es el mismo que intercede por nosotros (*Rom. 8.*) Despues de esto, *¿quién nos separará del amor de Jesucristo.* esclama el mismo apóstol? ¿Por ventura será la tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, los peligros, la persecucion, la espada? Por lo que á mí toca, añade Pablo, estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni el poder, ni lo mas alto, ni lo mas bajo, ni otra ninguna criatura nos podrá separar del amor de Dios que

10.

está fundado en Jesucristo (*Hebr. 4.*) Vamos, pues, con confianza al trono de la gracia para alcanzar misericordia, y encontrar gracia junto á él, pues todas las cosas son de él, por él, y en él : á él sea la gloria por los siglos de los siglos. *Así sea.*



INDICE

DE LA VIDA DE JESUCRISTO

CAPITULO PRIMERO. — Caída del primer hombre. — Promesas de la redencion del género humano. — Cumplimiento de las profecías. — Encarnacion del Hijo de Dios.....	5
CAP. II. — Nacimiento del Salvador. — Adoracion de los Magos. — Presentacion del Niño en el templo. — Huida á Egipto. — Jesus en el templo de Jerusalem disputando con los doctores.....	9
CAP. III. — Predicacion de San Juan, precursor de Jesucristo. — Bautismo de Jesucristo. — Sus tentaciones en el desierto.....	19
CAP. IV. — Predicacion de Jesucristo. — Su primer milagro. — Los prodigios que obra demuestran que es el Mesias. — San Juan dá testimonio de Jesucristo. — Conversion de la Samaritana. — Predica el Salvador en Nazareth. — Varios Milagros que hace. — Curacion del paralítico. — Eleccion del Apostolado.....	22
CAP. V. — Resúmen de la moral de Jesucristo. — Nuevos milagros que hizo. — Conversion de la Magdalena. — Parábolas. — Mision de los setenta y dos discipulos. — Alimenta el Señor á 5000 personas con cinco panes y peces. — Libra á sus discípulos de una tempestad.....	36

CAP. VI. — Jesucristo declara su preciencia real en el Sacramento de la Eucaristía. Hace á San Pedro cabeza visible de la Iglesia. — Transfiguracion del Señor. — Libertad á un endemoniado. — Predice su muerte á sus discípulos y les dá una importante leccion de humildad. — Manse- dumbre de Jesus con la muger adúltera y malicia de los Judios para hacerle odioso..... 31

CAP. VII. — Fija Jesucristo la indisolubilidad del matri- monio. — Bendice á los niños. — Manifiesta lo difícil de que entren los ricos en el Cielo. — Dá testimonio de su divinidad. — Cura á un ciego de nacimiento. — Se hos- peda Jesus en casa de Marta y manifiesta la hipocresía de los Fariseos. — Predica la ruina de Jerusalem, figura de lo que debe preceder al juicio final. — Exhorta á sus discípulos á ser fieles, manifiesta que ha venido al mundo espresamente por los pecadores, y da saludables consejos á sus Apóstoles..... 66

CAP. VIII. — Resurreccion de Lázaro. — Los judios re- suelven la muerte del Salvador. — Este la predice á sus discípulos con todas las circunstancias de su pasion. — Se hospeda en casa del publicano Zaqueo. — Condena Judas la devocion de la Magdalena. — Entrada de Jesus en Jerusalem. — Anuncia la conversion de los gentiles á la fé..... 78

CAP. IX. — Resuelven los judios la muerte del Salvador. — Se ofrece Judas Iscariotes á entregarle por treinta di- neros. — Celebra Jesus la cena con sus Apóstoles, les lava los piés á sus discípulos. — Sale el traidor Judas á entregar á su divino maestro. — Ultimas instrucciones que dá á sus discípulos. — Predice á San Pedro que le negará tres veces. — Oracion de Jesus en el huerto. — Prision del Señor..... 86

CAP. X. — Jesucristo en casa de Anás y de Caifás. — Negacion de San Pedro. — Desesperacion y muerte de Judas. — Jesucristo en casa de Pilatos que le declara inocente. — Es enviado á casa de Herodes que lo vuelve á hacer conducir á la de Pilatos, quien, aunque persuadido de su inocencia, lo hace cruelmente azotar. — Jesus es condenado á ser crucificado. — Va Jesus al Calvario con la cruz, á cuestas. — Jesucristo clavado en palabras que pronunció en la cruz. — Espira en ella el Redentor. — Su sepultura.....	95
CAP. XI. — Resurreccion triunfante del Señor. — Aparecese á la Magdalena y otras santas mugeres. — Aparecese á los discípulos que iban á Emaus, á San Pedro y todos los discípulos juntos; despues á Santo Tomás. Pesca milagrosa. — Encarga Jesus sus ovejas á San Pedro. — Admirable Ascension del Señor á los cielos. — Conclusion..	113
Adicion	127
De los sagrados clavos, de la corona de espinas, del titulo de la cruz, de la esponja que aplicaron á los labios de Jesucristo en la Cruz.....	129
De los santos Sudarios en que fué envuelto y sepultado el adorable cuerpo de Jesucristo, y primero del de Besan- zon.....	135
El santo sudario de Turin.....	146
Cesan los oráculos desde el nacimiento de Jesucristo....	159
La divinidad de Jesucristo reconocida por los mismo paga- nos.....	163

FIN DEL INDICE

E. GREVIN — IMPRIMERIE DE LAGNY — 1927.



